

RESEÑAS DE LIBROS

I. Ediciones y técnica filológica

FERNÁNDEZ MARCOS, NATALIO, *Filología Bíblica y Humanismo. Textos y Estudios «Cardenal Cisneros» de la Biblia Políglota Matritense 78*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 2012, 413 pp.

El presente volumen constituye el homenaje que el comité editorial de la colección «Textos y Estudios Cardenal Cisneros» rinde al doctor Natalio Fernández Marcos con motivo de su septuagésimo aniversario en el año 2010. Se recogen en él veinte trabajos publicados por su autor entre los años 1975 y 2010 que son representativos de una amplia y fructífera trayectoria científica, de gran repercusión internacional. De ello se da cuenta en la presentación que encabeza el volumen (pp. 9-10), a cargo de las doctoras M^a Victoria Spottorno Díaz-Caro y Emilia Fernández Tejero. Con más detalle puede encontrar el lector el listado de publicaciones y la actividad científica del Dr. Fernández Marcos, en el apartado «Actividad Investigadora» (pp. 11-26).

Los trabajos seleccionados para este homenaje tratan temas que tienen que ver con diferentes aspectos de la Filología Bíblica. Dentro de ella, el doctor Fernández Marcos ha centrado su interés preferentemente en el estudio de la *Septuaginta*, pero también en la Biblia hebrea y en cuestiones relacionadas con la Biblia en el Humanismo, tal y como se dice en la presentación. Podemos destacar, entre otros logros del autor, el haber situado la cuestión del texto antioqueno entre los temas de interés más candentes en la investigación actual sobre *Septuaginta*. En este aspecto hay que resaltar sus ediciones críticas del texto antioqueno de 1-2 Samuel, 1-2 Reyes y 1-2 Crónicas en colaboración con el Dr. J. R. Busto Sáiz (*El texto antioqueno de la Biblia griega*, vols. I-III, 1989, 1992, 1996) y sus estudios sobre historia del texto (*Scribes and Translators: Septuagint and Old Latin in the Books of Kings*, Leiden 1994). Al doctor Fernández Marcos debemos, también, su útil e ilustrativa *Introducción a las versiones griegas de la Biblia*, obra publicada por primera vez en el año 1979, reeditada en 1998 y traducida al inglés (*The Septuagint in Context: Introduction to the Greek Version of the Bible*, Leiden 2000, y Danvers MA 2010) y al italiano (*La Bibbia dei Settanta: Introduzione alle versioni greche della Bibbia*, Brescia 2000). Tenemos, además, que destacar que el Dr. Fernández Marcos es coordinador junto a

la Dra. Spottorno del proyecto de traducción de la *Septuaginta* al español de la que hasta ahora se han publicado los dos primeros volúmenes (*La Biblia Griega. Septuaginta*, vol. I: *Pentateuco*, Salamanca 2008; vol. II: *Libros Históricos*, Salamanca 2011). En el ámbito de la Biblia Hebrea, el profesor Fernández Marcos ha sido editor del libro de Jueces para la *Biblia Hebraica Quinta* (Stuttgart 2011).

Los trabajos que componen el volumen se agrupan en tres bloques. Encontramos en primer lugar los escritos sobre «Biblia griega y Judaísmo helenístico»; siguen, en un segundo bloque, los dedicados a «Religiosidad judía y entorno cultural» y en un tercer bloque titulado «Hermenéutica bíblica en la España del Renacimiento» se recogen trabajos relacionados con las políglotas y con Arias Montano.

La *Septuaginta*, sus orígenes y la recepción de la Biblia en el mundo helenístico son los temas centrales del primer bloque de escritos. Encontramos trabajos que tratan sobre la importancia de las traducciones para la historia de la Biblia («Las traducciones en la Antigüedad», pp. 29-45), sobre los orígenes de la *Septuaginta*, su contexto cultural, social y religioso en el Egipto helenístico («El Judaísmo helenístico y la Biblioteca de Alejandría», pp. 47-59) y, particularmente, su relación con Alejandría y su Biblioteca («The Greek Pentateuch and the Scholarly Milieu of Alexandria», pp. 61-74). La evolución de la *Septuaginta* es el objeto de otros trabajos que se encuentran en este bloque, en particular en relación con los manuscritos de Qumrán («Rhetorical Expansions of Biblical Traditions in the Hellenistic Period», pp. 61-74) y con el proceso de formación de la Biblia griega, desde el núcleo original del Pentateuco hasta el *corpus* completo del Antiguo Testamento («The Other Septuagint: From the Letter of Aristeas to the Letter of Jeremiah», pp. 87-98). Además se incluyen estudios sobre dos libros de la Biblia griega de gran entidad literaria: el Cantar de los Cantares («La lectura helenística del Cantar de los Cantares», pp. 99-112) y Job («The Septuagint Reading of the Book of Job», pp. 113-127).

El contexto religioso del antiguo Israel es el tema del segundo bloque. Encontramos en él trabajos sobre la religión y creencias en el Israel bíblico y en el Judaísmo («Profetismo y magia en el Antiguo Israel», pp. 131-145; «Cosmovisión y religiosidad en el cambio de era», pp. 207-221; «Los orígenes de la mística y cábala judías», pp. 223-241), sobre las visiones del Judaísmo y de su historia en el mundo helenístico («Interpretaciones helenísticas del pasado de Israel», pp. 148-171; y «La religión judía vista por los autores griegos y latinos», pp. 173-193) y sobre geografía del antiguo Israel a partir de fuentes bíblicas («La Gehena de Jerusalén: Geografía histórica y geografía mítica», pp. 195-205).

Con el tercer bloque cambiamos completamente de época y de entorno cultural, pues del mundo helenístico alejandrino y del Israel bíblico pasamos a la España renacentista de comienzos del siglo XVI. Es la época de esplendor del biblismo español y de apogeo del trilingüismo. Las políglotas son el tema de estudio en dos trabajos: en el primero se analiza la aportación de España a la filología bíblica y, en particular, el

gran hito que supuso la publicación de las políglotas de Alcalá y de Amberes («Políglotas y versiones: Luces y sombras del biblismo español en el siglo XVI», pp. 245-260); en el segundo se estudia el texto griego de la políglota complutense que, como es sabido, es la *Editio Princeps* («Greek Sources of the Complutensian Polyglot», pp. 261-272). La exégesis y hermenéutica bíblicas son el tema de los siguientes cuatro trabajos que encontramos en este bloque. En primer lugar, en «El Nuevo Mundo en la exégesis española del siglo XVI» (pp. 273-281) se estudian las interpretaciones que suscitó el descubrimiento de América (en particular en clave mesiánica) en el biblismo español. En segundo lugar, encontramos trabajos que tienen como protagonista a Arias Montano como estudioso y exégeta de la Biblia («Lenguaje arcano y lenguaje del cuerpo: La hermenéutica bíblica de Arias Montano», pp. 283-303; «Las medidas del Arca de Noé en la exégesis de Arias Montano», pp. 305-311; y «De Varia Republica: Política y Biblia en Arias Montano», pp. 313-324). Concluye el bloque con un artículo que nos expone los hitos más importantes de la historia de la Biblia, desde las primeras traducciones hasta el Humanismo («Una Biblia para el Humanismo», pp. 325-338).

Finaliza el volumen con índices de abreviaturas (pp. 339-342), con una bibliografía de obras citadas (pp. 343-403), con un listado de referencias editoriales de los artículos publicados (pp. 404-405) y con un índice de citas bíblicas (pp. 406-413).

Como conclusión, por lo ya dicho, tenemos que valorar muy positivamente la publicación de este volumen. En sus trabajos, el lector podrá encontrar una gran variedad de temas y motivos que abarcan un largo periodo de la historia de la Biblia, de sus traducciones, de su evolución y de su recepción, sin olvidar su contexto histórico, religioso y cultural. Son estos trabajos sólo una parte de la inmensa trayectoria investigadora del Dr. Fernández Marcos, pero son una parte muy representativa de la importancia y repercusión que ha tenido su aportación a este ámbito de estudio tanto en España como en el extranjero.

JOSÉ MANUEL CAÑAS REÍLLO
ILC, CSIC

ANGLADA ANFRUNS, ÁNGEL, *In Paciani episcopi barcinonensis opera silva studiorum. Instrumenta Patristica et Mediaevalia 52*, Turnhout, Brepols, 2012, 477 pp.

ANGLADA ANFRUNS, ÁNGEL (ed.), *Paciani Barcinonensis. Opera quae extant. Corpus Christianorum Series Latina LXIX B*, Turnhout, Brepols, 2012, LIX + 171 pp.

Digámoslo desde ahora: nos encontramos, por partida doble, ante un *magnum opus*, que marcará época en los estudios y ediciones de san Paciano de Barcelona. Cualquier estudioso de la tardía Antigüedad no ignora que cuanto tiene que ver con el escritor

del siglo IV de nuestra era había pasado por el cedazo de la calidad y cantidad de las páginas que el profesor Anglada ha dedicado durante toda su vida a su fundamental y básico tema de investigación. Medio siglo de incesante labor avala la maestría de sus estudios, siempre —y no digamos ahora— rigurosísimos, en la senda querida de una bien conseguida filiación —y renovación— de la filología germana fundante de hace casi doscientos años. Estos dos volúmenes que debemos al profesor barcelonés contienen de un lado (*In Paciani...silva*) los trabajos en que se estudian varias de las facetas de la obra del obispo y de otro (*Paciani Barcinonensis...*) la edición de la obra del autor cristiano-antiguo junto con la bibliografía pertinente, además de una introducción en la que tienen cabida: la vida del obispo, la cuestión del tiempo de la muerte de Paciano, la de su hijo Dextro, la de Simproniano, las obras escritas por el obispo barcelonés, los códices con el stemma, las ediciones, una página dedicada al carácter de la edición presente, bibliografía y siglas (págs. XLIX- LIX y 3-7), en fin el texto y aparato crítico de las obras que nos han llegado de Paciano (págs. 9-153), más un índice de pasajes de la Biblia y otro de nombres propios (págs. 155-170) antes del índice final. Todo se acompaña de un prefacio debido al maestro del profesor Anglada, el doctor Lisardo Rubio, catedrático que fuera de la Universidad Complutense de Madrid y antes de la de Barcelona.

El tomo que contiene los estudios consta de seis partes que miran a la interpretación del texto de Paciano —y que a su vez se subdividen en veinticuatro trabajos— organizadas, cronológicamente, así: primero, como decíamos, el artículo básico de Lisardo Rubio sobre el texto de Paciano. Tras este primer apartado vienen los trabajos de Anglada que versan sobre: Tradición manuscrita, Puntuación y ritmo de la prosa, Ediciones, Notas críticas y Varia. Acaba el volumen con un elenco de los pasajes pacianeos que se examinan en los estudios precedentes. En esta varia silva tiene cabida todo tipo de cuestiones que interpelan al texto tanto desde las resoluciones de lecturas paleográficas, desde la lengua usada por el autor del siglo IV, desde la consideración varia de las fuentes, desde la perspectiva literaria o escriturística y exegetica, como, y no en postrer lugar, desde el ritmo de la prosa, campo este en el que el autor de la *Silva* destaca entre quienes hoy día se dedican al menester de clasificar, tipificar y valorar el modo métrico con que los autores clásicos engalanaron su expresión literaria. Especial mención merece la apretada y minuciosa réplica que el profesor Anglada dedica atentamente a reseñar la hasta entonces, año 1995, última edición de Paciano, que hacía el número 410 de la prestigiosa colección *Sources Chrétiennes*. En esta abrumadora exposición de motivos, de datos y de formulaciones exactísimas que abarcan noventa páginas (309-399), se ponen a contribución todos los conocimientos del autor de este libro, los cuales abarcan todos los campos de la filología neotestamentaria y propia del cristianismo antiguo, además de las ciencias adyacentes a ella: paleografía, humanismo, arqueología, arte, etc. El dominio de todas ellas asoma a cada línea. Sobre todo, las propuestas, soluciones y planteamientos

paleográficos junto con los propios de la crítica textual son, además de irreprochables metodológicamente, extraordinariamente abundantes y enormemente precisos. Señalamos la solución que Anglada ofrece en algunos *loci* conflictivos de los cuales propone las siguientes lecturas: en *Paen.* IX, 5: *horrentes manus* y no a *aquilas*, opción aceptable y poco probable sin la ayuda de la colometría. Poquísimas veces queda sin enmienda lo enmendable; solo pondremos en cuenta el ejemplo de *Ep.* I, III, en donde, enfrentado a la más que difícil solución del problema *tot annosi episcopi (tota nostum ? / tota nosti ?)*, Anglada se decanta por la lectura adquirida de los antiguos editores. Dicho lo anterior, no sabríamos sostener la preferencia del profesor Anglada en *Tract.* XI, 8 y págs. 380-381 de *Silva*: a nuestro juicio no hay mayor razón para no aceptar la interrogación tras *gentibus* como hacía Granada —incluso desde la situación de apóstrofe parece ser aconsejable—, aunque se rompa el paralelismo, por más que sea claro que también se puede afirmar con fundamento la no inclusión de la primera interrogación, opción que escoge Anglada. En págs. 377-378 de *Silva* se dan las razones para la preferencia de lectura a favor de *euaserunt* frente a *euaserant* (cf. *Paciani Barcinonensis. Opera...* pág. 109): pues bien, el razonamiento de que «el pueblo distinguía poco o mal entre pretérito perfecto y pluscuamperfecto» no parece argumento convincente para preferir dicha lectura, y más cuando la cláusula de rigor abogaría por el pluscuamperfecto. Es el único caso que hemos encontrado en que a propósito de una explicación y demostración se desestima la omnipresente *ratio clausulae*. Pero estas son discrepancias mínimas y no de peso, naturalmente, que solo indican el interés que suscita el trabajo inmenso que guardan los dos volúmenes. Lo que importa resaltar es la pericia y maestría del profesor Anglada en todo el periplo paciano que ahora sale a la luz. Véanse al respecto, por aludir a alguna de las múltiples facetas exploradas, las apostillas a la actuación de enmendador de Floro de Lyon —y a la caracterización de su labor, necesaria para entender bien el texto fidedigno de Paciano—, o las argumentaciones que se apoyan en la lectura que Anglada ha sacado a la luz valiéndose de la técnica de rayos ultravioleta. Y no sin cierto pasmo de admiración lo decimos: cuando hay muestra —que la hay— de refutación, esta se pone de manifiesto muy precisamente, mas se hace gala de una cortesía y elegancia que se dirían inauditas, a más de sentido cierto del humor. En fin, de la gentil generosidad del autor —moneda no tan corriente— dan fe de un lado la inclusión de un artículo pionero de su maestro Lisardo Rubio, que, reproducido, abre la serie de los trabajos editados en la *Silva* y, de otro, la nota de agradecimiento a sus alumnos.

La edición, como suele ser norma en la editorial Brepols, es pulcra y agradable de leer. No obstante, no se ha empleado un criterio homogéneo a la hora de unificar la presentación de la bibliografía, p. ej.: en p. LVII del volumen *Paciani Barcinonensis. Opera...* además de la indicación de autor y publicación se ofrece un resumen del contenido del trabajo, como en la penúltima entrada de pág. LV. Igualmente: ¿por qué en unos casos se da el nombre concreto del autor y en otros —la mayoría de

ellos— no? Con todo, muchos de esos pormenores se deben sin duda a la escritura con ordenador y ya se sabe que hoy día los surcos que van marcando programas y aparatos son difíciles de atender pormenorizadamente (cf. *solùm* o *dicàsse* de p. XXI; también: *Jac. P.* en vez de J.-P. a Migne; asimismo precisamente el nombre del propio redactor se escribe siempre sin acento). En pág. L para la obra del cardenal Aguirre el juego de cursiva/redonda y el pensar en latín hace que se escriba *Collectione* cuando habría de escribirse *Collectio*.

Si ya antes había mostrado de sobra Anglada la acribia con que trabajaba, en estas dos obras, tanto en el libro de la *Silva* como sobre todo en el de la edición, ha reflejado los resultados efectivos de su magna labor y la trasmisión de sus conocimientos verdaderamente propios de los humanistas, pues tamaño es su método y su facilidad de trato, su entrañado y perspicaz examen de la intrahistoria y modos de ser o trabajar filológicamente de los estudiosos de la Edad Moderna. No hay más que leer, en el primer volumen de los citados, sus comentarios a propósito de Noguera, de Flórez o de la edición debida a De La Bigne. Y a ello añádase que la introducción y las notas que acompañan y explican la edición se hace en elegante, facundo y *castigatus* latín. Desde luego, quienes se dedican a los estudios clásicos —y no digamos quienes lo hacen a la Antigüedad cristiana— tienen desde ahora en el caso del primer libro aquí reseñado una como enciclopedia de altísimo nivel sobre cualquier punto que toca al texto de Paciano de Barcelona. Y todos los lectores y los cultivadores de la lengua latina pueden contar ya con la edición definitiva de la obra del obispo escritor del siglo IV y, junto con ella, los que comienzan su andadura por los campos de la crítica textual aplicada a textos antiguos o medievales con la muestra fehaciente de cómo se debe hacer una edición crítica.

EMILIANO FERNÁNDEZ VALLINA
Universidad de Salamanca

II. *Lingüística*

LUJÁN, E. R. – GARCÍA ALONSO, J. L. (eds.), *A Greek man in the Iberian street. Papers in linguistics and epigraphy in honour of Javier de Hoz*. Innsbruck, Innsbrücker Beiträge zur Sprachwissenschaft, 2011, 434 pp.

Con el título de este volumen se intenta hacer justicia a la poliédrica personalidad académica de Javier de Hoz, catedrático emérito de la Universidad Complutense de Madrid y antes catedrático en Salamanca. Infatigable trabajador, el profesor De Hoz ha dedicado toda una vida a actividades filológicas y lingüísticas relacionadas con el mundo clásico, al que pertenece por su formación académica, el mundo pa-

leohispánico en el que se inició, siguiendo la estela de Antonio Tovar, en Salamanca, universidad en que se ha desarrollado hasta ahora buena parte de estos estudios, y, dentro de éste, el enigmático país de los iberos y su lengua, de cuyas inseguridades sabe mejor que nadie. Por lo tanto, el conjunto que aquí se reseña contiene aportaciones de los más variados ámbitos científicos, con un sorprendente predominio de la temática paleohispánica. Las contribuciones están redactadas a menudo en inglés, lo que acredita, junto con su edición austriaca, su loable vocación de trascender nuestras fronteras. Me referiré a cada una de ellas brevemente, atendiendo tanto a su contenido como a su valor científico, y siguiendo una ordenación en bloques que no se corresponde exactamente con la división del volumen que han adoptado los editores:

En el ámbito de la filología clásica, el libro incluye varios estudios originales sobre el vocabulario griego: M.L. del Barrio examina la magistratura megarense de los *αισιμναται* para concluir que se trata de la adaptación de una institución jonia (*αισυμνηται*) debida a contactos en el área pónica y secundariamente irradiada a sus propias colonias. J. Méndez Dosuna realiza un afinado análisis semántico de gr. *αιόλος* ‘abigarrado’, cuyos significados admitidos ‘rápido’ y ‘brillante’ son producto de una mala comprensión de los comentaristas. E. Gangutia y J.A. Berenguer reconstruyen para el femenino homérico *ᾠαρ* ‘mujer’ un antiguo neutro **wos-r* con el valor de ‘acuerdo, compromiso’, que terminaría designando a la esposa legítima como objeto de ese compromiso. S. Mimblera examina hiperdorismos de la lengua de Arquímedes en comparación con la epigrafía de Sicilia, y concluye que no pueden achacarse a la transmisión del texto, sino a que el propio Arquímedes escribía en un dialecto dorio con influencias de *koiné* y al tiempo empleaba hiperdorismos en palabras procedentes de la *koiné*, dado su uso de la terminología euclidiana. J.A. Fernández Delgado repasa el uso de ciertas expresiones proverbiales griegas en Herodas. A. Ramos dedica su contribución a la evolución semántica de lat. *scribere* partiendo de su valor primitivo de ‘rascar’. Por último, se incluyen dos estudios filológicos sobre el humanismo español: uno a cargo de C. Codoñer, sobre Hernán Núñez de Guzmán y otro de G. Hinojo a propósito de Elio Antonio de Nebrija.

En relación con el ámbito paleohispánico indoeuropeo y el mundo celta en general, encontramos una serie de contribuciones onomásticas, generalmente de tipo acumulativo, que aportan una clasificación razonable del material en cuestión y las hipótesis existentes, como hacen F. R. Adrados con la toponimia griega de la Península, E.R. Luján con la toponimia celta de Galicia, W. Meid con la antroponimia celta de Panonia o J.J. Moralejo con los topónimos gallegos en *-oño*; varios de ellos establecen novedosas identificaciones hidro-toponímicas de mayor o menor alcance, como F. Villar con diversos compuestos cuyo segundo término es **ak^wā* ‘agua’ y sus derivados en toda Europa y sobre todo en Lituania, o J.A. Correa con el topónimo de documentación epigráfica *Curunniace* y el monasterio berciano de *Cruñego/Cluniego*. J.L. García Alonso retorna a la cuestión de la posible clasificación celta de

las inscripciones lusitanas atendiendo a la distribución de y <F>, pero introduce datos inexactos que dificultan la crítica (la secuencia TREB- procede de IE **treb-* como umbro *trebe*, alemán *Dorf*, no de un inexistente **treb^h-*). De ahí que la división de B/F en una misma inscripción no sea arbitraria, como no puede serlo la aparición de <F> en dos ejemplos de una misma palabra, IFATE e IFADEM, a gran distancia y con cronologías demostrablemente diferentes. No se explica por qué no hay un solo caso de vacilación B/F en la epigrafía peninsular y sí tantos de B/V.

Respecto al material ibero, F. Beltrán sugiere que las presuntas firmas de artesano *Likine* de los mosaicos de Andelos y Caminreal hacen referencia al *magister* de una asociación de mercaderes, J. Velaza apunta algunas consideraciones metodológicas sobre la espinosa identificación de formas verbales en ibero y J. Untermann vuelve sobre los compuestos que contienen la palabra ‘ciudad’ en ibero y tartesio, pero sin aclarar que algunas veces el término en cuestión se ha interpretado como palabra indoeuropea de significado acuático.

Algunos autores dan cumplida muestra de su dominio transversal de las lenguas en contacto, faceta que se demuestra cada vez más útil para una comprensión más profunda de los textos menores y la onomástica: Así, M^a.P. de Hoz reúne varios ámbitos identificando casos de *code switching* en bilingües greco-latinos de Hispania. J. Curbera revisa la lectura e interpretación de tres inscripciones de Tarragona con elementos griegos, latinos y hebreos. P. Sims-Williams valora la posibilidad, también tratada por K. McCone, de reunir etimológicamente los etnónimos *celtae*, *gallī* y *galatai* a través de lenguas en contacto. Se podría añadir aquí la hipótesis de S. Schumacher, que sugiere para *galatai* un nombre verbal **gelH-ti-* ‘rapiñador’ pero relaciona su sinónimo *gallī* con el tema celta de presente de la misma raíz, **gal-nV-* ‘poder, tomar en su mano’ (*Die keltischen Primärverben* 2004, 325), o la visión alternativa de Driessen (*JIES* 31, 2003, pp. 282-284) que parte de un participio pasivo **ǵ^hIH₂-etó-*. P. Poccetti analiza formal y funcionalmente las partículas negativas *ei* y *e(i)n/m* del etrusco, llegando a la conclusión de que la segunda es compuesta y al tiempo no marcada al admitir pluralidad de funciones, lo que le permite avanzar una comparación tipológica con lo que sucede en osco-umbro *neip* y latín *nec*, formas igualmente compuestas y no marcadas. M. Bats examina las relaciones étnico-lingüísticas del antiguo emplazamiento de Ensérune, donde según él la población era celta y el ibero la lengua de los comerciantes allí asentados de forma permanente. J. Gorrochategui estudia casos mal explicados de interferencia entre el celtibérico y el latín en epígrafes que contienen fórmulas filiativas.

A aspectos muy concretos del vocabulario de otras lenguas indoeuropeas de documentación fragmentaria, finalmente, dedican sendos trabajos destacados especialistas: I. Adiego identifica licio *ipre* y el nombre propio *mpara-* como reflejos licios (el segundo a través del cario) de luvita *im(ma)ra/i-*. J.L. García Ramón analiza las incertidumbres etimológicas de galo *gutuater* ‘padre de la plegaria o de la ofrenda’

sobre la base de la comparación con los himnos védicos. P.Y. Lambert, sobre la base de la interpretación de galo *verna* como ‘aliso’ y ‘escudo’, enumera las metáforas guerreras en la onomástica gala que emplean terminología arbórea. A.L. Prosdocimi vuelve sobre el espinoso problema de las desinencias verbales en *-r*: el testimonio véneto de 3ª p.sg. *toler* / pl. *tolers* le hace suponer que *-er* era una marca de pretérito para la 3ª p.sg./pl., reinterpretada como singular tras la adición de la marca de plural *-s*. Esto abre la puerta a un ingenioso análisis de lat. *-ēr-* y de ai. *-ur* (de **-rs*) como resultados fonéticos de **-ers*, aunque su explicación de airl. *ro.fítir* ‘sabe’ como procedente de **wid-ér* tropieza con dificultades fonéticas relacionadas con la lenición de la dental. C. de Simone analiza el gentilicio etrusco *Perkalina* bien como un antiguo **perke-le-na*, que tiene como base un diminutivo y debe la modificación de su vocalismo a cuestiones acentuales o a un proceso de síncope y epéntesis, o bien como derivado de un nombre **Perka*. J. Mendoza y J.A. Álvarez-Pedrosa comparan las diversas construcciones posesivas de las lenguas indoeuropeas.

Sólo me queda, finalmente, congratularme de que la intensa y prolongada trayectoria del homenajado se vea recompensada por sus colegas de la mejor manera posible: con esta cumplida demostración de amistad y afecto.

BLANCA MARÍA PRÓSPER
Universidad de Salamanca

TORRES, B. J. (ed.), *Utroque sermone nostro. Bilingüismo social y literario*. Pamplona, EUNSA, 2011, 164 pp.

Hermoso volumen, éste publicado en Pamplona, después de diversos trabajos durante años. Una serie de estudiosos, españoles y extranjeros, nos ilustran sobre la vida del Latín y el Griego en el Imperio Romano. Una larga vida juntos. Lenguas unidas y diversas, peripecias varias.

Un primer trabajo, de Bruno Rochette, estudia, con abundantes materiales, la política lingüística de los emperadores. Son los propios documentos epigráficos los que nos hacen ver cómo, según las circunstancias, se prefería el latín al griego o al revés en los documentos oficiales.

Luego, Ilaria L. E. Ramelli entra en el controvertido problema de la correspondencia entre Séneca y San Pablo, tenida generalmente por espúrea, traducida del griego al latín. La autora, inversamente, cree ver en las carta de Pablo obras del mismo, que hablaba el griego, pero con deficiencias el latín. Las cartas de Séneca, en un latín deficiente y con interpretaciones deficientes, sí que serían obra de un falsario.

Sigue un trabajo sobre los elementos romanos de la Ἐπιδρομή de Cornuto, en griego, con elementos latinos. Otro de Carmen Castillo sobre las *Noctes Atticae* de Gelio se refiere a la cultura mixta, tanto griega como romana, de Gelio y su círculo.

Y F. García Jurado en un estudio que sigue a éste, insiste sobre Gelio, en particular sobre el uso de *uester* y *noster*, referidos ya al uso de una u otra lengua, ya a factores personales y afectivos.

En una línea semejante, Lucía Rodríguez Noriega estudia la lengua de Ateneo (griego de Náucratis) y Eliano, de lengua latina pero escritor en griego, ambos en el paso del siglo II al III. Estudia la posible interferencia del latín en su lengua griega.

Curioso es el caso de Amiano Marcelino, griego que escribe Historia en latín, y Apiano, historiador ya del siglo IV. El autor de este estudio, Martín Hose, habla de la equivalencia de las dos lenguas, ya en el siglo IV, para relatar historia, sólo que Apiano, un griego, ve en la Historia romana una conjunción de historias de diferentes orígenes, mientras que Amiano, un griego que escribe en Latín, acepta ya una real unidad de esos dos mundos.

El trabajo final, de Sánchez Ostiz, versa sobre la influencia que Juvenal pudo ejercer en un poeta griego de Alejandría, Claudiano, ya en el siglo IV.

En fin, son interesantes los resultados del libro sobre la coexistencia de las dos lenguas en época imperial, un hecho importante que tiene matices y significados propios según temas y circunstancias. Algunas son exploradas, otras quedan abiertas.

FRANCISCO R. ADRADOS
ILC, CSIC

DENIZOT, CAMILLE, DUPRAZ, EMMANUEL (eds.), *Anaphore et anaphoriques*. Cahiers de l'Eriac 4, Rouen, Havre, Publications des Universités de Rouen et du Havre, 2012, 368 pp.

En la base de este volumen se encuentra un coloquio que tuvo lugar en Ruán en 2009. La organización misma del libro es significativa de la intención de los editores, de la complejidad y diversidad de la materia y de lo hercúleo de la tarea. Intentan ofrecer una visión global de la noción de anáfora y de la naturaleza de los anafóricos, convencidos de que los fenómenos que se clasifican habitualmente como anáforas en las distintas lenguas son heterogéneos y no se dejan reducir a unidad, de momento. A la diversidad de lenguas objeto de estudio: irlandés, italiano dialectal, inglés, francés antiguo y moderno, griego y latín, se añade la diversidad de *corpora*: orales, literarios, de usuarios que no pueden servirse de las estrategias que guían la producción de la anáfora, como autistas de Asperger o pacientes de Alzheimer. Y, por si fuera poco, tampoco hay uniformidad metodológica sino que conviven concepciones textuales y memoriales de la anáfora.

El volumen está dividido en tres partes que dan cuenta respectivamente del tratamiento de los gramemas anafóricos, de la cuestión de la relación entre anáfora y referencia y la tercera de las relaciones de anáfora y texto. En la primera sección

de la primera parte, P. Larreya, realiza un estudio contrastivo del funcionamiento de algunos marcadores en inglés y francés. Profundiza en las relaciones entre anáfora y deixis definidas en el cuadro de la foricidad en términos de endoforicidad y exoforicidad. Se establece así un punto de contacto entre deixis estricta y anáfora socio-cultural, ambas son exóforas. Se resalta la diferencia entre referenciación memorial y sensorial y tanto las referenciaciones textuales, la determinación y la endófora, como la anáfora socio-cultural serían procedimientos de referenciación memorial frente a la referenciación sensorial o deixis *in praesentia* (p. 27). De la p. 27 a 30 se analizan las especificidades de las formas anafóricas en inglés y francés en lo tocante a dislocación a la izquierda, construcciones extrapuestas, uso de proformas y silepsis. Catherine Schnedecker analiza los usos de *tout* pronombre y nombre en términos de su comportamiento diafórico. Marie-Dominique Joffre, reflexiona sobre las nociones de endófora y exófora a propósito del comportamiento de *hic* en un corpus literario en el marco de un entendimiento de la deixis como procedimiento de lengua cuyo fin no es presentar la realidad tal cual es sino que es un procedimiento de abstracción y simbolización que permite al hablante comunicar su experiencia del mundo (p. 71). Emmanuel Dupraz, analiza en detalle los usos del pronombre-adjetivo *ille* prestando especial atención a los llamados usos «anamnésticos», que indican que el elemento se presenta como recordado, como conocido. Su delimitación de los anamnésticos es negativa «los que no señalan a una entidad presente en la situación de enunciación, ni a una entidad mencionada en el contexto discursivo, particularmente deben ser referencias en primera mención» (p. 75). En las lenguas del mundo parece que se especializa un determinado demostrativo en esta función y en el caso del latín parece que exclusivamente es el demostrativo *ille*. Considera que estos usos pueden estar en el origen del desarrollo de la forma a artículo. Un demostrativo anamnéstico indica que el referente es conocido en la memoria estable del interlocutor o así se considera. En tanto que indicador de familiaridad evoluciona a indicador de definición, a artículo. Céline Guillot, analiza el pronombre demostrativo anafórico *cil* en francés antiguo como marcador de continuidad o discontinuidad del tópic. Señala que el empleo del pronombre parece menos motivado por la necesidad de identificar el referente que por el cuidado en indicar una alternancia en la situación, que corresponde a un cambio de agente o de sujeto respecto a la frase que precede (p. 109).

La segunda parte, «L'anaphore et sa référence», está dividida en dos secciones: «Études syntaxiques» en los que se incluye el trabajo de Tania Paciaroni sobre la concordancia de los anafóricos en el dialecto de Macerata y Liana Tronci con un trabajo sobre el reflexivo en griego. El análisis de Tronci, en general, ganaría en finura descriptiva si se utilizara un aparato teórico que incluyera la consideración de los roles semánticos de los casos y una revisión de etiquetas como «sujeto gramatical» y «sujeto lógico». En particular, en el ejemplo 7 (p.154) ἄξιοῦμαι puede ser simplemente pasivo y entonces, la comparación con el ejemplo 6 huelga. La sección

segunda: «Coréférence et redondances» incluye tres contribuciones. Federico Panchón estudia el gramema *id* en la relativa parentética *id quod*. Realiza un verdadero estado de la cuestión sobre el asunto partiendo de los orígenes como dístico de la estructura. Entiende que la relativa parentética con *id quod* es un proceso de diaforización funcionalmente importante como elemento de cohesión, tanto cuando aparece inserto en el texto, como cuando aparece pospuesto. La comparación con otros elementos similares es interesante. Pierre-Yves Lambert pasa revista a fenómenos de correferencia en irlandés antiguo. Marc Duval ilumina paralelismos importantes entre las proformas anafóricas marginales de las construcciones impersonales de diferentes lenguas, que son o postizas, tipo *Il pleut*, o redundantes tipo *It is a shame he's not going to be back here* y de las proformas reflexivas con las proformas de las secuencias en que no son ni sujeto ni reflexivas.

La tercera parte: «L'anaphore à l'échelle du texte» está dividida en tres secciones. La primera, «Construction pronominale de la référence», incluye los trabajos de Jessica Cancila y Stefania Giannini, sobre la anáfora en el discurso de los pacientes con mal de Alzheimer, sobre los datos de un solo paciente, y el de Sylvie Freyermuth que estudia los usos del pronombre de tercera persona en Duras y Rouaud y estima la explotación de las diferentes posibilidades del pronombre hechas por ambos autores. La segunda sección, «Chaînes de référence», incluye el trabajo de Dominique Longrée, sobre anáfora cero y la identificación de los actores en los historiadores latinos, que desde el principio establece la especificidad del latín frente al inglés en el uso del concepto anáfora cero. Partiendo de Bolkestein & van de Grift¹, Pennell², Luraghi³, Spevak⁴ se plantea algunas cuestiones metodológicas relevantes. A los factores determinados por los autores antes mencionados, añade que en la profundización de las alternancias entre anáfora cero y anáfora explícita deben tenerse en cuenta tanto las relaciones entre sujetos de principales y de subordinadas, como el conocimiento del contexto extra-lingüístico, las elecciones estilísticas del autor y la circunstancia sintáctica de cada ocurrencia. Estèle Dupuy, analiza la aplicación al discurso indirecto de los cinco criterios que rigen en francés medio la selección de la anáfora y establece que hay importantes especificidades en el discurso indirecto. Aliyah Morgenstern, Anne Salazar Orgiv, Gwendoline Fox y Stéphane Julien, estudian la relación entre construc-

¹ M. Bolkestein; M. van de Grift, «Participant tracking in Latin discourse», en Hermann, J. (ed.) *Linguistic Studies on Latin*, Ámsterdam, 1994, 283-302.

² R.D. Pennell, «Anaphors and antecedents in narrative texts», en Rosén, H. (ed.), *Aspects of Latin*, Innsbruck, 1996, 511-523.

³ S. Luraghi, «Omission of the Direct Object in Classical Latin», *Indogermanische Forschungen*, 1997, 102, 237-257.

⁴ O. Spevak, *L'ordre des constituents en latin: aspects pragmatiques, sémantiques et syntaxiques*, mémoire d'HDR, París, 2006.

ción de la referencialidad y diálogo sobre un corpus de dos niños diagnosticados de autismo de Asperger de contextos familiares distintos y que ofrecen resultados también diferentes. La última sección es «L'anaphore, instrument de cohésion textuelle» que está formada por los trabajos de Camille Denizot, sobre las relativas de enlace y anáfora en griego y Catherine Filippi-Deswelle, sobre el adverbio conector *anyway*. Una breve presentación de los autores cierra el volumen. El trabajo de Denizot parte de Bolkestein⁵ para latín y constata disparidades y semejanzas entre las dos lenguas. Considera relativos de enlace, tras puntuación fuerte, los que así aparezcan atestigüados en las ediciones más relevantes de los autores de su corpus. Revisa los rasgos que permiten identificar un relativo de enlace en griego (p. 326) y las peculiaridades de comportamiento si las hay. La naturaleza del relativo como anafórico es considerada también. Desde el punto de vista pragmático sólo son endofóricos. Tienen deixis discursiva y continuidad referencial, como vio Bolkestein (pp. 560-62) no pueden expresar focalidad (p. 331), no pueden apuntar a un elemento demasiado separado o no evidente y en ello se diferencia del demostrativo, como bien vio Pennell Ross (1996) en latín. El relativo de enlace continúa el tópico sin que la continuidad persista en la frase siguiente, que es uno de los rasgos de la deixis discursiva. El relativo sería un categorizador nominal. El trabajo de Filippi-Deswelle se centra en los usos de *anyway* como marcador discursivo que indica que se acaba una digresión y se vuelve a un tópico previo, profundiza en las operaciones discursivas implicadas y en la asociación del marcador con las marcas anafóricas que construyen la continuidad temática.

En general, una empresa arriesgada, meritoria, con contribuciones desiguales, como no podía ser menos, pero interesantes tanto por las soluciones como por las cuestiones que dejan abiertas.

EMILIA RUIZ YAMUZA
Universidad de Sevilla

III. *Literatura y filosofía*

LAMBIN, G., *Le roman d'Homère. Comment naît un poète*. Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2011, 246 pp.

Profundizando en un aspecto que ya trató en un trabajo anterior (*Homère, le compagnon*, París, CNRS Editions, 1995), el autor dedica un estudio completo al tema de la novela, o leyenda —que de todo hay—, de Homero. La mala calidad material

⁵ M. Bolkestein, «Is qui / et is? On the so-called free relative connection in Latin», en Rosén, H. (ed.) *Aspects of Latin*, Innsbruck, 1996, 533-566.

del libro, cuyas hojas se despegan con demasiada facilidad, es solo un defecto que no mengua el valor de un trabajo muy documentado y agradable de leer, en el que con gran rigor, capacidad de análisis y no poca imaginación reconstruye Lambin la imagen de Homero que tendrían los griegos, una imagen que se esconde tras las numerosas anécdotas y hechos que ofrecen diez documentos antiguos, a los que llama convencionalmente *Vidas*, y algunas noticias sueltas en obras de varios gramáticos o comentaristas de la Antigüedad. Como la de otros personajes, piénsese en Apolonio de Tiana o en Alejandro, la vida de Homero es susceptible de un tratamiento novelesco, aunque, a diferencia de lo que ocurre con esos otros personajes, hay muy pocos datos históricos en sus *Vidas* y es muy improbable que él mismo fuera un personaje real.

La época de composición de varias de ellas coincide con la de la aparición de la novela como género literario; con ella comparten, no obstante, pocos elementos, como por ejemplo los relatos de viajes. Se despliegan en un arco temporal que va desde la *Vita Herodotea* de I-II, que no refiere el episodio de la competición con Hesíodo (ninguna contiene todos los episodios y el acuerdo entre ellas no es total), a los *στίχοι πολιτικοί* en que Tzetzes compuso la suya en el siglo XII. Lo más antiguo de su contenido remonta, sin embargo, a los siglos VI-V a. C., cuando Simónides de Ceos proporciona la primera mención del nombre de Homero, cuya vida y obras comenzaron a ser tema común en muchos autores, y se fue completando a lo largo del tiempo; por ejemplo, la mentada competición con Hesíodo parece de época helenística y es comparable con otras similares, como la de Esquilo y Eurípides de *Las ranas*.

Incompletas y discrepantes entre sí en cuestiones de detalle, el conjunto de las *Vidas* de Homero y los demás testimonios revisados proporciona un cuadro general bastante coherente, que no permite hacerse una idea de la vida real de Homero —ni se pretende—, una biografía imposible, pero transmite la imagen que los propios griegos tuvieron de ese Poeta, el de todos ellos, el que garantizaba su condición de helenos estuvieran donde estuviesen, por lo que muchas ciudades, no solo de Grecia, sino también de fuera de ella, con la Tebas egipcia a la cabeza, competían por ser la que lo vio nacer.

El estudio se divide en seis apartados: I. Introducción (1-44), II. Preliminares (45-90), III. Vida del poeta (91-134), IV. Génesis de la novela (135-164), V. Más allá de la novela (165-190) y VI. Conclusiones (191-200). Hay también dos apéndices: 1. La traducción completa de las diez *Vidas* (201-232) y 2. la Bibliografía (233-244). Cada uno de los capítulos incluye la traducción de la parte de las *Vidas* que le es pertinente, su análisis y las conclusiones parciales, lo que justifica la brevedad del apartado VI. La Bibliografía es amplia, ordenada y puesta al día, salvo en lo que se refiere a las ediciones de Homero, ancladas en el remoto pasado de las de Monro-Allen (1902) y Bérard (1924).

Lambin analiza cada testimonio con profundidad, sagacidad e ingenio. Sabe —y lo dice sin ambages— que hacer la auténtica biografía de Homero es imposible y, en

consecuencia, no lo pretende. A su juicio solo hay un hecho seguro, que los poemas fueron compuestos en la zona de Esmirna (se apoya en *Od.* III 170 ss.); pero está convencido de que en las noticias, inventadas, de las fuentes hay mucho de verdad y de que la ficción supera a la posible realidad, porque puede organizarse con coherencia total, de que se cree lo que se está dispuesto a creer y de que de todo lo inventado (Lambin habla de la *langue de bois*) puede decirse aquello de *se non è vero, è ben trovato*. Un ejemplo es el tema de su nombre: la existencia del nombre, del autor es necesaria una vez que existen obras; las fuentes coinciden en que nuestro poeta se llamó primero Melesígenes, nombre aparentemente relacionado con Esmirna (el río Meles) pero interpretable también, y más bien, opina, como ‘el que se ocupa de sus orígenes’. Luego, Homero, nombre procedente de Grecia, donde Zeus recibe un epíteto *Hómairós*, vinculador, que aplicado a un hombre sería algo así como ‘colega’, ‘miembro de una compañía’. Olvidado ese significado, el nombre fue reinterpretado como ‘ciego’ o ‘rehén’ y la novela se organizó en función de esa nueva significación, construyendo la historia que la justificaba.

En el análisis de lo que las fuentes refieren de su vida observa que los individuos —con quienes se relaciona en su juventud tienen nombres de personajes de sus obras posteriores, que adquieren así dimensión histórica. En cuanto a los viajes, de Melesígenes por el ámbito eolio de Asia Menor y de Homero, que pretende ir al continente europeo, a Atenas —y, consciente de que esa ciudad tiene poca importancia en sus poemas, compone algunos versos para subsanar ese defecto— y Beocia, pueden reflejar la mezcolanza dialectal que los antiguos veían ya en sus poemas (así como su estratificación: primero un fondo eolio y luego un edificio básicamente jonio más algún aticismo final) y justificar que sean tantas las ciudades que pretendían ser su cuna y que él fuera considerado el poeta de todos los griegos, incluidos los del helenizado Egipto. Por otra parte, esos viajes no son siempre deseados por nuestro personaje, sino impuestos por la necesidad de subsistir: su madre, que era de Íos, viajó embarazada a Esmirna, donde fue acogida por un maestro de escuela que prohijó e instruyó al pequeño Melesígenes; —y, en el caso de su traslado de Cime, donde apenas era un maestro de escuela que se dedicaba sin demasiado éxito a la poesía, a Quíos, donde se convierte en un poeta de fama, y posteriormente a Samos, donde solo compone obras menores (trasunto de las disputas verdaderas entre escuelas filológicas y entre las distintas cofradías de Homéridas), está forzado por un intento fallido de Melesígenes para ser mantenido en esa ciudad a expensas públicas. El fracaso impone el viaje y propicia el cambio de nombre: desde entonces se llamará Homero (porque los de Cime dijeron que no podían mantener a todos los *homeros*, a todos los ciegos, que es lo que significa esa palabra en su dialecto).

El fracaso acompaña a Homero en muchas ocasiones, por ejemplo en su competición con Hesíodo —sus versos transmiten guerra y aunque los presentes los consideraran superiores a los de su rival, los de este, de *Los trabajos y los días*, evocan la paz,

un valor más apreciado en el momento en que se compusieron las *Vidas*, y ello hace decidirse al rey de Calcis a favor de Hesíodo—, e incluso en el momento de su muerte, producto, según algunas fuentes, de su decepción por no haber sabido descifrar un sencillo acertijo que le proponen unos muchachos. Sucede esta en la isla de Íos, cuyo nombre se interpreta como la esencia misma de lo jonio y hace de Homero un poeta eolio y también jonio. De allí era su madre, y su muerte en esa isla representa la vuelta al seno materno y a la infancia, que convierte al poeta de sabio en ignorante, un nuevo fracaso. En realidad, tantos fracasos y desarraigos, que comienzan por el hecho de que Melesígenes era un hijo ilegítimo, reflejan según Lambin los sentimientos y la vida del emigrante: la gran migración a Jonia sobrevuela constantemente sobre las *Vidas* y explica simbólicamente muchas de sus sorprendentes noticias.

Es preciso terminar, aunque sea pasando por alto el análisis de varios aspectos: todos ellos conducen a la misma conclusión. Ese personaje que como poeta va progresando hasta ser reconocido por todos y que con sus estancias y viajes en Asia Menor: Eólida y Jonia más el intento fallido de ir —un regreso, en realidad— a la Grecia europea es la imagen arquetípica del poeta jonio, que posteriormente será llamado aedo y que por medio de ellos adquiere la condición de referente de lo genuinamente helénico. A su vez, su desarraigo, sus dificultades de supervivencia y sus fracasos son la imagen de las tristezas, anhelos y dificultades del emigrante, de esos emigrantes que desde Grecia (de ahí lo del regreso recién mencionado) pasaron a Asia Menor.

La valoración general de este trabajo es positiva; Lambin ofrece un cuadro completamente coherente, por medio de una argumentación muy convincente y un riguroso —análisis que le permite ofrecer una solución nueva a aspectos que se daban por sentados: su explicación de los dos nombres del poeta es una entre muchas pruebas de ello. Sin embargo, creo que cabría preguntarse por qué tardó tanto tiempo en darse forma a su novela, ya que en realidad la mayor parte de lo que cuentan las *Vidas* no procede de los siglos VI-V; y por qué o para qué tanta simbología, cuando las figuras del aedo y el emigrante no debieron de resultar nunca incomprensibles para los antiguos griegos.

LUIS M. MACÍA APARICIO
Universidad Autónoma de Madrid

ATHANASSAKI, LUCIA y BOWIE, EWEN (eds.), *Archaic and classical Choral song. Performance, Politics and Dissemination*. Berlín – Boston, Walter de Gruyter, 2011, 562 pp.

Se trata de 16 trabajos leídos, con una excepción, en una reunión en el campus de Rethymnon de la Universidad de Creta en 2011. Más que de los orígenes y caracte-

rísticas de la Lírica, los autores, que son helenistas consagrados como Bowie, Calame y Nagy (el trabajo de éste se leyó en una reunión anterior), se ocupan de temas como la ejecución de la lírica, la lírica del teatro, el contexto social e histórico de las celebraciones, etc.

La historia de la lírica, el mito y el teatro forman parte del contexto general estudiado en el libro, pero, sobre todo, su ejecución en Grecia. No aparecen casi temas sobre los orígenes, que a mí me han interesado especialmente en varios trabajos.

Para hacer el libro más accesible, Lucia Athanassaki y Ewen Bowie hacen una presentación previa del mismo y de cada uno de los trabajos. El libro se cierra con una amplia Bibliografía, una lista bien documentada de los contribuyentes al libro, una lista de los nombres propios y temas y un *index locorum* con referencias al propio libro.

Me es imposible hacer una reseña de cada uno de los 16 trabajos, sólo tocaré, dentro de ellos, algunos puntos de mayor interés.

Por ejemplo, para empezar, voy a referirme a las «Reflexiones sobre el canto coral en la poesía hexamétrica», tema del primer trabajo, obra de Nicholas Richardson. Y no es que el tema sea especialmente novedoso, pero se da una visión muy clara y completa, con transcripción en griego e inglés de los pasajes importantes de Homero, Hesíodo y los Himnos homéricos.

Sigue el intento de Bowie de aclarar el mito del comienzo del Partenio de Alcmán. El propio poeta cierra esta parte del Partenio, referida, parece, al asesinato de los hijos de Hipocoonte, con máximas como que es imposible volar al cielo y casarse con Afrodita. El autor se contenta con pasar el día sin dolor e introduce su tema: cantar la luz de Agido. Solo que las relaciones entre Hagesicora y Agido siguen siendo oscuras.

En todo caso, se apuntan aquí propuestas que deben ser tenidas en cuenta en los sucesivos estudios sobre el mito aquí subyacente, e igual en el caso del estudio de Timothy Power sobre las κληιδόνες de Píndaro (p. 67 ss.)

En todo caso, creo que en los trabajos de C. Calame, «Enunciative fiction and poetic performance. Choral voices in Bacchylides' *epinicians*», de R. Rawless, «Eros and praise in early Greek lyric» y de André P. M. H. Lardinois, «The *parresia* of young female choruses in Ancient Greece» hay mucho que aprender sobre el sentir y la interpretación de los coros arcaicos. Y, en otros trabajos, sobre las reposiciones de muchos corales y sobre los datos políticos que pueden ser deducidos de algunos cantos. También sobre la *performance* o puesta en escena (si vale la expresión) de otros.

También se nos habla de la lírica ajena a los epinicios (T. Hubbard, p. 347 ss.) y de temas particulares, como los anapestos introductorios de Esquilo, *Suplicantes*; sobre epinicio y tragedia en *Traquinias* (L. A. Swift, p. 391 ss.), sobre Alcmán y *Lisistrata* (A. Bierl, p. 437), sobre la crítica alejandrina (Ch. Carey, p. 437 ss.)

En suma, aunque falta un estudio de conjunto sobre las características y evolución de los varios géneros líricos, se aprende mucho de estos estudios de helenistas muy competentes sobre multitud de detalles de la lírica griega, un género sobre el que queda mucho que decir.

FRANCISCO R. ADRADOS
ILC, CSIC

GÖDDE, SUSANNE, *Euphēmia. Die gute Rede in Kult und Literatur der griechischen Antike*, Heidelberg. Universitätsverlag Winter, 2011, XII + 439 pp.

Tras haber ejercido en las universidades de Münster y Paderborn, la autora (en lo sucesivo, G.) obtuvo en 2008 la cátedra de Filología Griega en la LMU (Ludwig-Maximilian-Universität) de Munich. El libro reseñado es una reelaboración y revisión de su Habilitationsschrift, a saber, el trabajo que se le exigió en 2006 para opositar a una cátedra universitaria. La obra se divide en nueve partes de diferente extensión.

Parte I (pp. 1-27). G. aborda, desde diversos ángulos, la noción griega de la εὐφημία, dotada en sus orígenes de numerosas connotaciones religiosas. Realmente, el concepto, como tal, no lo hallamos hasta Sófocles, Eurípides y Aristófanes, pero G. lo emplea en sentido lato, ocupándose de varios términos relacionados con el tema *euphēm-* y, asimismo, de algunos de sus antónimos.

Si lo interpretamos como «silencio sagrado», cabe añadir que el silencio como tal no es «sagrado», pero conduce a una serie de emociones e interacciones sociales por las que se le puede considerar parte de un amplio repertorio cultural, retórico y estético.

Por su lado, el sustantivo «eufemismo», que aparece por primera vez entre los filólogos alejandrinos, transforma la antigua realización cultural, sagrada, de la εὐφημία en un simple tropo retórico.

Parte II (29-94). G. revisa en esta sección algunos aspectos sociales y rituales del concepto clave en este libro.

1. Empezando por la *Iliada*, G. se detiene en el ritual de la reconciliación. Primero, *Il.* 1.22, donde aparece ἐπευφήμησαν, forma verbal que apunta a la reacción de los aqueos (todos, menos su jefe supremo) cuando aprobaron con clamor respetar a Crises y recibir los espléndidos regalos. Ahora bien, las palabras del sacerdote no le gustaron nada a Agamenón que lo despidió con malos modales. La ofensa, el silencio y aislamiento del rey de hombres se oponen al εὐφημεῖν, ligado al respeto, la fiesta y el canto. Después, *Il.* 9.171, donde, en boca de Néstor, εὐφημεῖν está en íntima conexión con la plegaria que los aqueos van a dirigir a Zeus para que se apiade de ellos.

2. Hesíodo, *Op.* 735, nos habla de un funeral de mal augurio (δυσφήμοιο τάφου), lo que ha sido relacionado con los rituales gritos de dolor emitidos durante el mismo. G. habla, incluso, de una poética de la φήμη, apoyándose en *Op.* 760-764.

3. G. examina dos pasajes pindáricos: *N.* 8.36 (κλέος / μὴ τὸ δύσφραμον), donde el poeta beocio le pide a Zeus que a sus hijos no les alcance la mala reputación; y *P.* 10. 35, lugar en que Apolo goza con las fiestas y cantos de buenos auspicios (εὐφραμίαις).

Parte III (95-324). G. dedica siete apartados al drama del siglo V.

1. G. selecciona diversos pasajes de la *Orestía* esquila importantes para el fin buscado. Entre ellos sobresalen *A.* 28 (ὄλολυγμὸν εὐφημοῦντα), 595-596 (ὄλολυγμὸν... εὐφημοῦντες) y *Eu.* 1035 y 1039 (εὐφραμεῖτε), secuencias situadas, respectivamente, al comienzo (la primera de ellas) y al final (las dos últimas) de la trilogía, donde el verbo analizado está muy ligado a la ὄλολυγή, alarido ritual, casi siempre femenino, que conlleva dolor y júbilo, unidos de modo inextricable.

2. G. estudia tres obras de Sófocles. En primer lugar, las *Traquinias*, donde subraya 178 (εὐφημίαν νῦν ἴσχυ') y 783 (ἅπας δ' ἀνηφήμισεν οἰμωγῇ λεῶς). Ambos textos apuntan a Heracles y, al mismo tiempo, están ligados a los lamentos fúnebres, como anuncio de la muerte del héroe panhelénico.

3. G. subraya, en *Electra*, varias apariciones de vocablos que le interesan, especialmente, 630 (ὕπ' εὐφήμου βοῆς), 1066 (ὃ χθονία βροτοῖσι Φά-/μα), 1182 (οὔτοι ποτ' ἄλλην ἢ μὲ δυσφρημεῖς, ξένε), 1211 (εὐφρημα φώνει), en boca respectiva, de Clitemnestra, el Coro, la protagonista y Orestes, analizándolos a la luz de la oposición, tan propia del griego clásico, «palabra» / «obra».

4. G. recorre *Edipo en Colono*, concentrándose en la acción de guardar silencio, manifestada bajo distintas expresiones lingüísticas y referida tanto a unas divinidades, las Euménides, cuyo culto exige el silencio religioso, como al mutismo mantenido por el héroe central en lo relativo a su terrible pasado.

5. G. elige dos piezas euripideas. Dentro del *Ión*, G. insiste en las nuevas dimensiones alcanzadas por la εὐφημία («das *euphēmia*-Thema», p.235). Por un lado, Ión alude al templo y a su oráculo en sentido positivo (98: στόμα τ' εὐφρημον φρουρεῖτ' ἀγαθόν), y se refiere a la libertad de palabra que tendría de haber nacido de madre ateniense (672: μητρόθεν παρρησία); pero, en cambio, uno de los servidores, en una situación decisiva, pronuncia una frase impropia, de mal augurio (1107: βλασφημίαν).

6. A su vez, *Ifigenia en Áulide* nos muestra a Clitemnestra saludando al Coro y aludiendo al tono favorable de sus palabras de bienvenida (608: λόγων εὐφημίαν). Por su lado, la protagonista, dirigiéndose a las jóvenes coreutas, les pide, momentos antes de ser inmolada, que, con buenas palabras (1467: ὑμεῖς δ' ἐπευφημήσατ', ὃ νεάνιδες/ παιᾶνα), entonen un peán en honor de la hija de Zeus, Ártemis. En este último ejemplo resulta evidente la conexión del εὐφημεῖν con el ritual religioso.

7. G. analiza, asimismo, una comedia aristofánica: *Paz*. En la escena del comienzo, Trigeo parodia el concepto esencial que estamos revisando (96-97: εὐφημεῖν χρὴ καὶ μὴ φλαῦρον / μηδὲν γρύζειν, ἀλλ' ὄλολύζειν), ajeno aquí a cualquier consideración ritual. En cambio sí la tiene en boca del dios Hermes (433-434: σπονδὴ σπονδῆ/

εὐφημεῖτε εὐφημεῖτε), como se desprende de la plegaria que pronuncia seguidamente (435-452). También corresponden a un acto ritual, el himeneo, las palabras de Trigeo, pues pide que traigan a la novia (1316: εὐφημεῖν χρὴ καὶ τὴν νύμφην ἕξω τινὰ δεῦρο κομίζειν...).

Parte IV (315-341). Platón, cuando recurre a alguna de las palabras que venimos observando, no se limita a la esfera religiosa. En el *Fedón* introduce dos vocablos de la familia léxica analizada, al comienzo y al final del diálogo (60 a: ἀνηυφήμησε. 117 e: ἐν εὐφημίᾳ χρὴ τελευτᾶν), con valor antitético, donde la actitud de Jantipa se contraponen a la de Sócrates. Por otro lado, leemos en *Fedro* (265 c: μετρίως τε καὶ εὐφώμως), una precisión adverbial referida al himno dedicado a Eros. A su vez, *Leyes* contienen secuencias muy significativas sobre los términos examinados. En una de ellas (*Lg.* 736 a: δι' εὐφημίας ἀπαλλαγῆν), la noción de la εὐφημία está ligada a la idea de purificación, lo que resulta de gran interés al tratarse de la institución de una colonia. En otro contexto, leemos, dentro de una pregunta retórica formulada por el Ateniense, que la εὐφημία debe ser la primera ley del arte relativo a las Musas (*Lg.* 800 e). Realmente se trata de un pasaje muy rico en signos culturales (sacrificios, ofrendas, himnos, nomos, ritos funerarios, ...).

Parte V (343-350). G. se ocupa, asimismo, de la presencia, en la iconografía, de Εὐφημία personificada. Destaca la célebre cratera apulia del pintor Darío, fechable hacia el 340 a. C., donde encima de cada figura aparece el nombre propio respectivo. Frixo ofrece el carnero del vellocino de oro, mientras Atamante, padre de aquél, se dispone a sacrificarlo. La imagen que nos interesa, la última a la derecha en la primera fila, equivaldría al silencio sagrado que debe mantenerse durante la realización del acto ritual.

Parte VI (351-383). G. da un resumen y panorama de los apartados anteriores, se centra de modo singular en el uso de la εὐφημία dentro del rito, distingue una serie de campos literarios y culturales (épica, elegía, simposio, tragedia, comedia y filosofía platónica) en los que dicha idea y los vocablos con ella asociados adquieren valores concretos y abre un apartado donde recorre la negación de la muerte y la muerte «hermosa» en la literatura arcaica y clásica.

Parte VII (385-400). En un apéndice, G. recoge, desde Homero a Apolonio de Rodas, 142 textos que contienen la noción esencial objeto de su estudio o alguno de sus antónimos.

Parte VIII (401-427). G. presenta la bibliografía utilizada (ediciones y comentarios; léxicos; traducciones y ediciones bilingües; investigaciones concretas).

Parte IX (429-439), por último, está dedicado a los índices: pasajes citados y conceptos relevantes.

En resumen, G., que, en ocasiones anteriores, había tratado la noción esencial revisada así como otras íntimamente relacionados con ella, publica ahora una obra

útil para el helenista, el filósofo, el historiador, y, en general, el interesado por la cultura griega.

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ
UNED

QUIJADA SAGREDO, MILAGROS (ed.), *Estudios sobre Tragedia Griega, Eurípides, el teatro de finales del siglo V a. C. y su influencia posterior*. 2011, Ediciones Clásicas, Madrid, 274 pp.

El presente libro se compone de diez capítulos, en varios idiomas (alemán, español e inglés), cuyo eje común es el estudio del teatro ateniense de finales del siglo V a. C. en relación con distintos aspectos: el surgimiento y final de la tragedia, los fenómenos de intertextualidad, la incorporación y uso de la retórica por parte de los trágicos, y la influencia que la tragedia tuvo en obras posteriores. Se trata de una obra plural que ofrece una visión muy completa de la tragedia tardía ateniense, pues no solo se centra en aspectos concretos de ésta, sino que muestra su evolución remontando a sus orígenes y proyectándose hacia su recepción en el mimo y la novela.

Tras el prólogo, elaborado por M. Quijada, que sintetiza de manera muy clara los contenidos y objetivos del libro, encontramos un primer capítulo «Der Tod der Tragödie» de M. Hose, que sirve como marco general del género trágico y su evolución, intentando responder a la cuestión de por qué la tragedia tendió a desaparecer a partir de finales del siglo V a. C. La respuesta podría estar en que perdiera su función educativa y su influencia política ante el avance de géneros en prosa y con mayor carga filosófica.

A continuación hay tres capítulos centrados en Eurípides: en el primero de ellos, «El Eurípides tardío y los límites de la tragedia», M. Quijada revisa los rasgos que conforman el género trágico y cómo evolucionaron en las obras tardías de Eurípides. Éstas tienen un carácter diferente al resto debido a sus innovaciones, que en ocasiones dejan difusas las fronteras entre géneros y quebrantan los cánones fijados por la tradición. El siguiente capítulo, «Las seis versiones de la historia de Creusa en el *Ión* de Eurípides», de la misma autora, trata las seis variantes de una misma historia que se dan en esta tragedia dependiendo de quién es el narrador y el destinatario. Es un juego de perspectivas que caracteriza a los personajes y expresa la división entre el mundo divino y el humano. M. do Céu en «Novelesque elements in Euripides, *Iphigenia in Tauris*» estudia la presencia de recursos que anticipan los de nuevos géneros, como la novela, y las innovaciones que la comedia sufrirá en etapas posteriores.

A continuación, en dos capítulos de M. C. Encinas se realiza el estudio de dos de las tragedias más tardías de Sófocles: «Los límites del *dolos* en el *Filoctetes* de Sófocles» trata sobre el uso del engaño en esta obra sofoclea en comparación con la

Electra de Eurípides; El *logos* ya no garantiza la verdad, como ocurría en los poemas épicos, sino que introduce la ambigüedad y la duda en el oyente. En «Exhibicionismo retórico y transformación narrativa en *Edipo en Colono*» la misma autora muestra cómo el uso de la retórica alcanza una especial importancia en esta obra, una de las más tardías del autor, apuntando hacia la novela. La autora demuestra que, a pesar de que se ha cuestionado la pertinencia de algunos de los discursos en la obra, cada uno tiene su sentido y función específica dentro del todo que conforma la tragedia.

El siguiente capítulo, «El *rumor* como motivo literario en la tragedia», a cargo de M. Brioso, estudia este recurso con el que se informa de cuestiones extraescénicas importantes para el desarrollo de la acción de la tragedia. Traza un completo cuadro de los tipos de rumor que existen en el género trágico y del vocabulario utilizado para referirse a ellos, además de demostrar la evolución que este recurso ha tenido desde Homero hasta Sófocles y Eurípides. Después, M. F. Silva en «The foreigner living in Athens» analiza el surgimiento de la figura del meteco como personaje cómico que refleja la realidad de la época en cuanto a la afluencia de extranjeros afincados en Atenas. Especial atención presta al meteco escita de las *Tesmoforias* de Aristófanes y su posterior influencia sobre la caracterización del esclavo frigio de Helena en *Orestes* de Eurípides. El capítulo «Herodas' rhetoric of proverbs» de J. A. Fernández explora la presencia e importancia de los proverbios en los mimos de Herodas, y los conecta con la comedia: los proverbios contribuyen a configurar el componente popular que estos géneros tienen y a caracterizar a los personajes. Cierra el libro otro capítulo de M. Brioso, «Eurípides en Heliodoro», que trata sobre el fenómeno de intertextualidad y emulación de aspectos de la tragedia que tiene lugar en el género de la novela: en especial el caso de la carta de Fedra en el *Hipólito* de Eurípides como modelo para la historia de Cnemón en las *Etiópicas* de Heliodoro. Además el libro cuenta con un útil índice de pasajes citados y al final de cada capítulo podemos encontrar la bibliografía pertinente.

En resumen, se trata de una obra interesante que ofrece en sus diversos capítulos un estudio del teatro de finales del siglo V a. C. en relación con aspectos distintos pero, a su vez, complementarios.

SARA MACÍAS OTERO
ILC, CSIC

MARTÍNEZ, JAVIER (ed.), *Fakes and Forgers of Classical Literature / Falsificaciones y falsarios de la Literatura Clásica*. Madrid, Ediciones Clásicas, 2011, 272 pp.

El prestigioso helenista Antonio Guzmán Guerra dirige desde hace tiempo el Proyecto de Investigación «Falsificaciones y falsificadores de textos antiguos» (FFI2009-09465 subprograma FILO), dentro del cual se inscribe esta publicación, fruto de unas

«Jornadas sobre Falsificación Literaria en el Mundo Antiguo» que tuvieron lugar en la Universidad de Oviedo en octubre de 2010, razón por la cual ha sido financiada por el Gobierno del Principado de Asturias con cargo a fondos provenientes del Plan de Ciencia, Tecnología e Innovación (PCTI) de Asturias. El libro resultante de aquel congreso ha sido editado por Javier Martínez, profesor de la universidad ovetense, y publicado por el sello editorial Ediciones Clásicas, propiedad del también helenista Alfonso Martínez Díez. En 2012, año en que estoy escribiendo este comentario, ha visto la luz —lo tengo encima de la mesa— un nuevo fruto del mencionado Proyecto de Investigación, a saber, *Mundus uult decipi. Estudios interdisciplinarios sobre falsificación textual y literaria*, otro libro colectivo, en esta ocasión más voluminoso, pues cuenta con más de cuatrocientas páginas, procedente de unas «Jornadas Interdisciplinarias sobre Falsificación Literaria» celebradas en la Universidad de Oviedo en otoño de 2011. Lo ha editado asimismo Javier Martínez y ha sido publicado también por Ediciones Clásicas.

Ciñéndonos a *Fakes and Forgers...*, debo decir que es una recopilación del mayor interés, y como tal ha sido saludada por la comunidad científica internacional en diversas reseñas de primera hora, como la redactada por Edmund P. Cueva en *Bryn Mawr Classical Review* o la de Juan Muñoz Flórez en *Myrtia*. Inauguran el tomo dos introducciones imprescindibles desde el punto de vista de la justificación de la obra y, además, muy bien escritas («Epic Fake? Forgery, Fraud, and the Birth of Philology», de J. Martínez, y «Problemas teóricos de la falsificación literaria», de A. Guzmán), tres artículos de carácter generalista («La fonometría y otros criterios lingüísticos de autenticidad en Literatura Griega», de Felipe G. Hernández Muñoz; «La Literatura Latina de autoría dudosa. Los textos literarios latinos frente a la Historia de la Literatura Latina», de Cristina Martín Puente, y «Contro i plagiari, dal II al IV sec. d. C.», de Onofrio Vox), un par de trabajos sobre oráculos («Interpolaciones cristianas en oráculos paganos», de Manuel González Suárez, y «El género oracular como falsificación en la Literatura Judeo-Helenística y Cristiana», de Jesús María Nieto Ibáñez) y trece estudios sobre temas o autores concretos (Plutarco, Nilo de Ancira, un *agraphon* que completa *Matth.* 24.51, el ámbito semántico del engaño y la falsificación en la *Historia Augusta*, el *Marco Aurelio* de Fray Antonio de Guevara, Pitágoras, el *Téages* platónico, el *Reso* de Eurípides, una invectiva pseudosalustiana contra Cicerón, una apasionante cadena de falsedades que conduce a *La papisa Juana* del neogriego Roídis desde Heródoto pasando por Luciano, el falsificador Onomácrita, Dictis de Creta y una inscripción de Gayo Sulpicio Úrsulo encontrada en Asturias). Son veinte trabajos en total que firman, junto a los nombres ya citados, estudiosos extranjeros de la talla de David Blank, Luciano Bossina, Kai Brodersen, Stefano Jedrkiewicz y Klaus Lennartz, y filólogos o historiadores españoles como José Joaquín Caerols, Carlos García Gual, David Hernández de la Fuente, Mikel Labiano, Antonio Lillo, el referido Javier Martínez, Mireia Movellán y Narciso Santos Yanguas.

Inmersos en un conjunto que alcanza en todos los casos un nivel sobresaliente, citaré, para terminar, algunos ejemplos concretos especialmente impecables en sus planteamientos teóricos y en su calidad expositiva. El firmado por Caerols, «Embus-teros, fingidores y falsarios en la *Historia Augusta*», no tiene desperdicio, lo mismo que el de García Gual sobre el *Libro Áureo del emperador Marco Aurelio* de Guevara, el de Hernández de la Fuente sobre la carta apócrifa del pitagórico Lisis o el segundo de los trabajos firmados por el editor del libro, dedicado a Onomácrita, uno de los primeros falsarios con nombre propio de la Antigüedad Clásica.

Se trata, en fin, de una obra que, partiendo de presupuestos filológicos muy rigurosos, trasciende el área de lo estrictamente científico para adentrarse en territorios de gran atractivo para el lector culto no especialista. Y puedo asegurarles que su secuela, *Mundus uult decipi*, ofrece tanto o más que estos *Fakes and Forgers*, con lo que la continuidad de proyecto tan interesante está asegurada.

LUIS ALBERTO DE CUENCA
ILC, CSIC

VICENTE SÁNCHEZ, A. – BELTRÁN CEBOLLADA, J.A. (eds.), *Grecia y Roma a escena. El teatro grecolatino: actualización y perspectivas*. Madrid, Liceus. Cultura y Filología Clásicas, 2010, 398 pp.

Existía un pequeño vacío dentro de la Filología clásica hispana, un estudio que permitiese hacerse una idea en su conjunto de lo que fue el teatro grecolatino en la Antigüedad y lo que significa actualmente. A partir de la celebración de unas jornadas sobre el teatro antiguo organizado por la Universidad de Zaragoza y la Sociedad de Estudios Clásicos se concibe la idea de llevar a cabo este trabajo, en el que se da una imagen actualizada y original, ofreciendo una panorámica general de las últimas investigaciones que se han realizado sobre el teatro antiguo. Abordando el tema desde la tradicional óptica de la Historia de la Literatura y los géneros literarios, cabe señalar que, además de los autores y obras canónicos, los distintos capítulos del libro también han dado especial relevancia a otros dramaturgos y géneros teatrales de los que no se conservan obras (praetexta, *atellana*, mimo, etc.), los cuales generalmente suelen pasarse por alto. También se presentan todos los elementos cotidianos que participaban en la puesta en escena de una obra, como son los locales, los actores, el público, los patrocinadores, etc.

Ana Vicente Sánchez y José A. Beltrán Cebollada dirigen el presente volumen, para el que cuentan con un elenco de colaboradores y una bien escogida temática de los capítulos, cada uno acompañado por su respectiva bibliografía comentada, que es una de las mejores aportaciones de la monografía, remitiendo a quien lo desee a estudios específicos. En la introducción de los directores (pág. 9-12) se detallan los

objetivos del libro y, a continuación, le sigue un apartado de abreviaturas de los dramas griegos y latinos conservados (pp. 13-16). Comienza la andadura la prof.^a Laura Sancho Rocher (Universidad de Zaragoza) con el capítulo, «Democracia y política en el teatro ateniense» (pp. 17-50), en el que traslada al lector a las representaciones teatrales de la Atenas democrática durante las Leneas y las Grandes Dionisias; y plantea, además, si hubo realmente una intencionalidad política subyacente a las tragedias y comedias atenienses. En el segundo capítulo, el prof. José Vela Tejada (Universidad de Zaragoza) presenta «Temas de ayer, de hoy y de siempre de la tragedia griega» (pp. 51-96), donde habla de los orígenes de la tragedia griega, el contexto de su celebración, su estructura, sus tópicos ejemplificados con una buena antología de textos, y también esboza su influencia en el teatro musical europeo y en el teatro español; al final ofrece un esquema de la pervivencia griega a lo largo de los siglos. El prof. Vicente Ramón Palerm (Universidad de Zaragoza), en la primera parte del capítulo «La comedia griega: Aristófanes» (pp. 97-130) introduce al lector en el origen y características de la comedia griega y la nómina de las tres generaciones de comediógrafos áticos; después pasa a tratar la comedia aristofánica, acompañada por una cuidada selección de textos en griego y su correspondiente traducción: la crítica sociopolítica, ideológica, religiosa y literaria, y la hipercrítica de la negatividad. Con «La comedia griega media y nueva» (pp. 131-162), el prof. Jordi Sanchis Llopis (Universidad de Valencia) muestra ese período de transición del teatro de Aristófanes hasta el de Menandro, ejemplificando, mediante fragmentos descubiertos, las características de la Comedia Media; dedica una segunda parte a la Comedia Nueva, también con textos cuidadosamente escogidos. Por último, la prof.^a Ana Vicente Sánchez (Universidad de Zaragoza) cierra el apartado del período griego con su capítulo «La puesta en escena en el teatro griego» (pp. 163-194) en el que repasa las interpretaciones que se han hecho a partir de restos arqueológicos y los textos sobre el teatro. Abarca así los festivales, la escenografía, el decorado, el atrezo, el coro (sus integrantes, su función y la danza, el canto y la música), los actores (su número y función, y la técnica dramática), el vestuario (tanto indumentaria y complementos como las máscaras), la representación misma, los espectadores y la puesta en escena.

En cuanto al panorama latino, el sexto capítulo viene de la mano del prof. Francisco Pina Polo (Universidad de Zaragoza) «Teatro, política y sociedad en Roma» (pp. 195-214). En él se tratan temas estrechamente vinculados al teatro, como los juegos públicos, la religión, la organización y la financiación de los espectáculos escénicos, el origen y posición social de los actores, el público o la vinculación con la política. La prof.^a Ana Isabel Magallón García (Universidad de Zaragoza) dedica un capítulo a «La tragedia en Roma» (pp. 215-252), haciendo un recorrido por la historia del género de la tragedia en Roma, desde sus orígenes etrusco y griego, pasando por la República y la época de Augusto, hasta el Imperio y Séneca y la desaparición

de la tragedia romana; todo acompañado de textos y una guía argumental de las tragedias de Séneca. En «La comedia en Roma: desarrollo y auge de la *palliata*» (pp. 253-280) el prof. José A. Beltrán Cebollada (Universidad de Zaragoza) estudia y contextualiza la *palliata*, y habla del período anterior a Plauto y del auge que vivió este subgénero con el comediógrafo de Sársina; por último menciona las posibles influencias de Plauto en la posteridad. «La comedia en Roma: Terencio y la evolución de la comedia» (pp. 281-312) del prof. Gonzalo C. Fontana Elboj (Universidad de Zaragoza) versa sobre la *palliata*, sobre todo Terencio y su obra, y también sobre otros subgéneros como la *togata*, la *atellana* y el mimo, ejemplificando con una valiosa selección de textos y fragmentos de obras menos conocidas, pero no menos interesantes. El prof. José Beltrán Cebollada (Universidad de Zaragoza) se encarga del último capítulo «La puesta en escena en el teatro romano» (pp. 313-338), en el que da a conocer las instalaciones teatrales que había durante la República (los edificios y el emplazamiento), la escenografía, el vestuario, el atrezo, y también los actores, artistas, y, por supuesto, el público.

Como apéndice, el prof. Manuel Martín Bueno (Universidad de Zaragoza) presenta «El teatro romano y el prestigio del monumento público provincial» (pp. 339-347), un capítulo muy esclarecedor, donde habla de un aspecto concreto de la romanización de provincias como Hispania, y la importancia del urbanismo en este proceso, recalcando especialmente el teatro como máximo exponente de los edificios de espectáculos romanos y símbolo de prestigio para la ciudad. El libro cuenta también con un índice analítico (pp. 347-360), un índice de obras y pasajes citados (pp. 361-382), un primer cuadro cronológico (pp. 383-390), que abarcaría el espacio comprendido entre el año 534 a. C. y 692 d.C., y un segundo cuadro cronológico (pp. 391-398), que comienza en el año 1313 hasta el 2007. Los índices, muy completos, son muy de agradecer, ya que ayudan al lector en la consulta dentro de la obra y aportan una valiosa información, sobre el teatro en la Antigüedad y la transmisión de los textos y su recepción en la cultura europea.

El presente libro, en definitiva, cumple con su función. Un aspecto muy destacable es la posibilidad de disponer de un estudio sobre los dos mundos, Grecia y Roma, en un mismo volumen, donde ambos cuentan con el mismo número de capítulos, cinco para cada uno, con una temática paralela, lo que permite distinguir con mucha facilidad diferencias y semejanzas, y entender la idiosincrasia de cada uno, el contexto en el que se desarrollan y su posterior influencia. De este modo, el lector tendrá la oportunidad de realizar una incursión seria, sin miedo a desorientarse, en el fascinante campo del teatro grecolatino.

NICOLÁS GIMÉNEZ DOBLAS
Universidad Autónoma de Madrid

CORTÉS GABAUDAN, FRANCISCO – MÉNDEZ DOSUNA, JULIÁN VÍCTOR (eds.), *Dic mihi, Musa, virum. Homenaje al profesor Antonio López Eire*. Acta Salmanticensia, Estudios Filológicos 326, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2010, 726 pp.

En este libro F. Cortés Gabaudan y J. V. Méndez Dosuna reúnen textos de 85 antiguos colegas, estudiantes, compañeros y —sobre todo— amigos españoles y extranjeros de A. López Eire⁶, quienes quisieron rendirle homenaje. Además de su nivel científico constatado, los artículos están escritos con cariño y muchos contienen en sus títulos los autores antiguos cuyas obras prefería López Eire (Aristófanes, Demóstenes, Heródoto, el *Corpus Hippocraticum*) o las palabras-clave de sus numerosas publicaciones (retórica, poética, lingüística, topónimos, ático, jonio, dorio, koiné).

Después de una breve «Presentación» de los dos editores (pp. 13-15) y la lista completa de las «Publicaciones de Antonio López Eire» (pp. 17-29), siguen 84 artículos: 71 en castellano, dos en francés, dos en italiano, tres en portugués y seis en inglés. El volumen se cierra con la «Tabula gratulatoria» (pp. 723-726). No hay índice temático o de textos citados y casi todos los artículos tienen su propia bibliografía al final. El espacio limitado de esta reseña no nos permite presentar el libro de forma detallada.

Los artículos no están agrupados por temas sino que siguen el orden alfabético de los apellidos de sus autores. Según los editores «el conjunto es un polícromo mosaico que refleja admirablemente la diversidad temática de la obra de Antonio López Eire, la multiplicidad de sus intereses y la diversidad de los filólogos con los que colaboró y a los que supo honrar con su amistad» (p. 15). Treinta y cinco artículos tratan temas de edición e interpretación de textos antiguos y modernos: A. Agud habla de los sueños en Alcman y Goethe, V. Bécares publica un texto español del siglo XIX, J. Cantó Llorca estudia una cita de Helvio Cinna en Isidoro de Sevilla, P. Cortés Tovar habla de los rétores en Juvenal y S. Crespo Mastellán de la descripción en Bernal Díaz del Castillo, U. Criscuolo trata la noción de la ἀριμία en Esquilo, J. A. Fernández Delgado y F. Pordomingo examinan un nuevo papiro del Cairo y E. Fernández Vallina un códice de Toledo, M. do Céu Fialho presenta los caminos trágicos de la existencia en Sófocles, F. García Romero y L. Gil Fernández explican pasajes aristofánicos, S. González Marín analiza un texto de Cicerón y L. A. Guichard uno de Clearco de Solos, F. G. Hernández Muñoz publica una carta

⁶ Tuve la buena fortuna de conocer a Antonio López Eire en Madrid durante el décimo cuarto congreso de la Sociedad Internacional de Historia de la Retórica: entonces yo hablé de la parodia de los rétores áticos en la obra de Luciano de Samosata y él se encontró entre los auditores. Después de aquel día de julio de 2003 mantuvimos una correspondencia con cierta regularidad.

atribuida a Esquines y M. P. de Hoz un fragmento griego de los siglos IV-VI d. C., D. Konstan trata la palabra *στοργή* en los epigramas amorios y J. M. Labiano Ilundáin la parodia del lenguaje médico en un fragmento de Aristófanes, D. F. Leão habla de Solón y L. A. Llera Fueyo de Claudio Eliano, T. Martínez Manzano describe un códice griego de Salamanca, J. L. Melena y J. Méndez Dosuna interpretan expresiones de Aristófanes y A. Melero Bellido de Prátinias, I. Moreno Ferrero examina la influencia de Herodiano en Amiano y P. Nieto Hernández las similitudes y las diferencias de Calipso y de Helena en la *Odisea*, S. D. Olson estudia la muerte en la representación escénica de la *Alceste* de Eurípides, G. Ramírez Vidal analiza un pasaje de Antifonte y M. A. Santamaría Álvarez uno de Demóstenes, C. Ruiz Montero examina la lengua y el estilo de la *Vida de Esopo* (rec. G), C. Schrader habla del amor y de la homosexualidad masculina en los textos griegos y M. F. Silva de los crímenes femeninos en Heródoto, A. H. Sommerstein atribuye a Eurípides un fragmento lírico, E. Suárez de la Torre propone una corrección en Parménides y E. Tarrío Ruiz un cambio de puntuación en Catón.

Veinticinco autores tratan temas de lingüística, métrica y epigrafía (M. L. del Barrio Vega, C. Brixhe, J. A. Caballero López, I. Calero Secall, A. Cantera, S. Colvin, E. Crespo, J. M. Floristán Imízcoz, J. García López, J. L. García Ramón, G. Hinojo Andrés, R. Jiménez Zamudio, A. Lillo, J. A. López Férrez, A. Martínez Fernández, C. Molina Valero, M. T. Molinos Tejada, J. J. Moralejo, F. Panchón Cabañeros, M. E. Pérez Molina, B. M. Prósper, A. Ramos Guerreira, R. A. Santiago Álvarez, A. Vegas Sansalvador, F. Villar) y dieciocho autores estudian asuntos relativos a la Retórica, en el sentido amplio del término (T. Albaladejo, A. Castresana, F. Cortés Gabaudan, M. Edwards, J. L. Fernández Corte, M. García Teijeiro, I. Gómez Santamaría, J. A. Hernández Guerrero, D. Pujante, J. Redondo, E. Redondo Moyano, I. Rodríguez Alfageme, L. Rossetti, J. de Santiago Guervós, P. Thiery, C. Varias García, I. Worthington, B. Zimmermann). Hay también tres artículos de etnografía e historiografía (J. de Hoz, J. C. Iglesias Zoido, M. H. Velasco López) y uno de recepción (A. Kanaris de Juan). En fin, los artículos de J. L. García Alonso y de M. Ruipérez Sánchez contienen el nombre de López Eire en sus títulos.

La presentación tipográfica del volumen es impecable y la brevedad de los artículos (de dos a once páginas) no impide que tengan un altísimo nivel científico, digno del filólogo al que honran.

ORESTIS KARAVAS
Universidad del Peloponeso (Kalamata)

SCAFOGLIO, G., *Noctes Vergilianae. Ricerche di filologia e critica letteraria sull'Eneide*. Spudasmata 135, Hildesheim – Zürich – New York, Georg Olms Verlag, 2010, 152 pp.

El profesor Giampiero Scafolgio (S.) reúne en este breve libro cuatro trabajos sobre distintos aspectos o momentos de la *Eneida* de Virgilio. Tras una «Premessa» (7-8), el cuerpo del libro se divide en dos bloques con dos capítulos cada uno: «Parte I: Filologia e critica testuale» (9-74); «Parte II: I rapporti con i modelli» (75-143). A continuación se recoge la «Bibliografía» (144-163) y la obra se cierra con un oportuno «Indice dei passi di autori antichi» (164-171).

La primera parte está dedicada a dos pasajes de la *Eneida* sobre cuya autoría la crítica aún no se ha puesto de acuerdo: el supuesto proemio «*Ille ego qui quondam*» (11-30) y «La scena di Elena» (31-74). Centrémonos en el primero. Para abordar la pertinencia o no de esos cuatro versos como *incipit* de todo el poema, S. hace un completo repaso de los textos antiguos sobre los que podríamos apoyar tanto una hipótesis como su contraria, poniendo oportunamente en evidencia que ninguno de ellos aporta argumentos decisivos. En un segundo momento, S. revisa con análoga intensidad y riqueza de datos el posicionamiento de los distintos eruditos desde la primera mitad del siglo XIX hasta nuestros días, llegando también a la conclusión de que de todos ellos «non emergono elementi probanti, tali da chiudere il dibattito» (18). A lo largo de todas estas páginas de repaso de testimonios S. insiste acertadamente en diferenciar dos aspectos del problema: de un lado, si los versos pudieron ser compuestos por Virgilio o son fruto de una interpolación; de otro, si Virgilio, aun habiendo sido su creador, habría querido situarlos como puerta de acceso a toda la *Eneida*. En las últimas páginas del capítulo (24-30) intenta S. avanzar algo más en la cuestión, analizando para ello la pertinencia literaria de *arma uirumque cano* como *incipit* del poema y complementando este análisis, válido *per se*, con el de la inadecuación de *ille ego qui* como apertura de una obra épica. A partir de aquí S. lanza la hipótesis («innocua suggestione» la llama en p. 30) de que, virgilianos o no (él se inclina por lo segundo), los cuatro versos objeto de discusión hubieran podido ser una fórmula de presentación en las lecturas públicas de algún episodio de la *Eneida*, lecturas que, fueran del pasaje que fueran, vendrían en todo caso introducidas por medio del proemio general de la obra (considérese éste hasta el v. 11, hasta el v. 22 o hasta el v. 33 del primer libro). Si en lo relativo a la autoría S. muestra su preferencia pero mantiene sus reservas, en lo que atañe a su publicación tiene claro que el propio Virgilio jamás los habría publicado (se recuerda en más de una ocasión la vieja idea de que Vario habría podido encontrar marcas *ad hoc* en el propio manuscrito de Virgilio); no en vano cierra el capítulo con estas rotundas palabras: «Il passo non dovrebbe essere stampato in nessun caso nel testo virgiliano».

El análisis del problema, en general, me parece completo y acertado en la prudente reserva de sus conclusiones. La sugerencia final de S. no es descartable, pero sobre todo es válida, en mi opinión, por cuanto mantiene la explicación de esos cuatro versos en el ámbito *editorial*. En efecto, podría tratarse de un *titulus* que acompañara el retrato del poeta en una edición especial (tesis avanzada ya por Albert Forbiger *ad loc.*), o bien del engarce con las dos obras anteriores en una publicación conjunta de los tres poemas (*uid.* p. 15). Lo que me parece fuera de toda duda es que se trata de versos *externos* a la *Eneida* tanto en su contenido como —lo que me parece aún más importante— en su adecuación al género épico: la naturaleza metapoética inherente a todo verso programático está consagrada de lleno a *arma uirumque cano* etc. (con la doble referencia a Homero, con el giro a la primera persona en la línea de Apolonio de Rodas y con cuantos otros elementos la crítica ha ido desgranando desde antiguo), mientras que *ille ego qui*, etc., se salen del ámbito estrictamente poético, e.e. del diálogo creativo entre precursores y lectores del poeta, para saltar al ámbito que he llamado *editorial*, e.e. aquél en el que lo importante pasa a ser la marca «Virgilio», la *persona* del poeta como figura relevante (y éxito de ventas), y ello tanto si se trata de productos escritos como de recitaciones. Creo que es a la luz de esta clave poética y genérica como debemos abordar este problema, que, por cierto, resulta escasamente relevante para la interpretación global de la *Eneida* precisamente por ese carácter externo, extrapoético del pasaje, a diferencia del que abordaremos a continuación. Respecto de la autoría de los versos creo que es aún más difícil alcanzar alguna certeza, pues los juicios de estilo son dispares por su propia subjetividad, ya que el espacio de cuatro versos apenas permite construir argumentos de suficiente solidez. Si bien es cierto que, como sostiene la crítica desde antiguo, los versos no desmerecen de Virgilio, también lo es que no es indispensable el talento poético de Virgilio para componerlos.

Análoga incertidumbre afecta al segundo texto analizado, el de la escena de Helena (II 567-588). Comienza S. argumentando la necesidad de una laguna en esta parte del libro, al margen de la autoría del fragmento objeto de análisis, si bien creo que sus argumentos (difícil encaje del *cum* inverso del v. 589, referencia de Venus a la *ira* de Eneas y a Helena y Paris) carecen de valor probatorio definitivo y más bien apuntan como mucho hacia la conveniencia de la laguna (esta conveniencia de muchas lagunas —dicho sea *en passant*— puede a veces convertirlas en un socorrido *deus ex machina* sin credibilidad). A continuación y como en el capítulo anterior hace un pormenorizado y claro repaso (33-47) de las aportaciones de la crítica y de su lectura resulta sobrecogedor observar la rotundidad, el énfasis con que algunas de las mentes más preclaras de la Filología Clásica de los últimos doscientos años han podido defender tesis opuestas y aun excluyentes, y ello utilizando métodos y argumentaciones de diferente y variada naturaleza. Por un afán de claridad sin duda encomiable, S. pasa a continuación (47-50) a hacer un resumen de las conclusiones

principales de todos estos estudios y acto seguido (50-60) dedica su atención al análisis de la escena de Deífobo (VI 494-547) vista desde la perspectiva de la evolución narrativa que va desde el pasado más actual representado por Palinuro al más remoto, representado por Deífobo, pasando por el estadio intermedio encarnado por Dido. El objetivo de S. es demostrar, en la línea de R. G. Austin (*uid.* p. 37), que lo expuesto por Deífobo en el inframundo no sólo no es contradictorio con la escena de Helena sino que se puede reconstruir (como él mismo hace en la p. 59) una sucesión de los hechos que haga compatibles ambos episodios. Los argumentos utilizados en estas páginas me parecen aceptables o al menos muy dignos de consideración (como objeción puntual, que no hace al nudo de la argumentación, coincido con S. en que *lacrimae uoluuntur inanes* [IV 449] no se refieren a las lágrimas de Eneas, pero no creo que se trate de las lágrimas de Dido, como él defiende, sino más bien de las de Ana: cf. vv. 437-438).

El resto del capítulo (60-74) se dedica a un detallado comentario filológico-exegético del texto de la escena de Helena, a través del cual S. intenta demostrar que ninguno de sus rasgos sintácticos, léxico-semánticos, estilísticos y fraseológicos disuenan de la poética virgiliana. Al margen del valor positivo del comentario, e.e. de todos los argumentos aportados en él, quiero destacar como virtud la ausencia de argumentaciones forzadas, de esos razonamientos con que en ocasiones hacemos violencia al texto para amoldarlo a nuestra tesis previa. Aunque no lo dice explícitamente, S. parece sentir simpatías por la tesis de T. Berres (glosada por él mismo en pp. 43-44), según la cual las escenas consecutivas de Helena y Venus habrían sido añadidas por Virgilio en un momento avanzado de la redacción del poema, habiendo recibido la segunda una revisión y pulido por parte del poeta mientras que la primera habría quedado a falta de esa última revisión, de donde las asperezas hoy visibles, que bien podrían estar en el origen de la seclusión de esos versos. Y vaya aquí una última reflexión o sugerencia: desde antiguo la crítica ha señalado como una de las *incomodidades* del fragmento la imagen doblemente indigna de un Eneas dispuesto a matar a una mujer a los pies de un altar: aunque este argumento ha sido refutado suficientemente recordando que en todo caso se trata de un arrebato de ira jamás materializado, como una más de las recaídas del héroe de las que finalmente saldrá victorioso, no puedo dejar de pensar en la incomodidad personal de Augusto al verse reflejado de tal guisa, pues no en vano a él fue atribuido el infamante episodio de las *Perusinae arae* de marzo del año 40 a. C. (cf. Sen., *Clem.* 1.11.1, Suet., *Aug.* 15 y *uid.* a este respecto *Paideia* 66, 2011, pp. 480-481).

La transición entre este primer bloque del libro y el segundo se hace particularmente fluida gracias al comentario filológico que cerraba el segundo capítulo. El tercero lleva por título «Virgilio ed Eurípide: la tragedia di Troia» (77-104). S. comienza con un repaso (77-81) de los estudios sobre la influencia de la tragedia griega y romana en la *Eneida* (que él hace arrancar del siglo XVIII, aunque podría considerarse aquí el

material reunido ya por Juan Luis De la Cerda un siglo antes), y muy particularmente de la monumental obra de Richard Heinze, para después centrarse en el estudio específico de la influencia de Eurípides en tres episodios del libro II: el caballo y la *Troyanas* (81-92); la muerte de Príamo y, de nuevo, las *Troyanas*, aunque con la mediación de Enn. *Andr.* 87-94 Joc. (92-105); la escena de Helena (esp. vv. 583-587) y el *Orestes* (esp. vv. 1131-1139), con la mediación de otros intertextos (105-112). Se trata de un análisis literario comparativo plenamente aceptable, que viene a enriquecer el ya de por sí complejo y rico entramado alusivo de la *Eneida* y que pone en evidencia la hábil reutilización y asimilación virgiliana del escepticismo religioso de Eurípides, como el propio S. hace notar en sus conclusiones (112-114) y queda resumido en estas palabras: «Virgilio non rinnega la fede, ma condivide l'aspirazione euripidea al superamento della religione mitologica e antropomorfica per una concezione della divinità più nobile e dignitosa, nutrita di teoria filosofica e sensibilità umana».

El cuarto y último trabajo lleva por título «Enea e Venere sulla costa Libica» (115-143) y se centra en este episodio del encuentro de madre e hijo (*Aen.* I 305-417), episodio sin duda importante (aparte de por su contribución al retrato de personajes como Eneas, como Dido y como la propia Venus en el contexto de la obra, así como por su naturaleza axial en el desarrollo de los hechos narrados hasta ese momento) por cuanto contribuye a poner ya en dolorosa evidencia que «il mondo divino e quello umano sono piani distinti e lontani, che restano tali pur intersecandosi di tanto in tanto in modo fugace e misterioso», como recuerda S. en sus conclusiones (143). Para su análisis S. vuelve a seguir el método de los capítulos anteriores: tras una revisión (116-119) de estudios sobre la figura de Venus en la *Eneida* y su relación con Eneas, nos propone una «lettura diretta» del pasaje (119-131), que se completa con un «rapido esame dei modelli seguiti da Virgilio» (131-142), útil por su misma brevedad. En él se centra de forma muy especial en la comparación con el *Himno homérico a Afrodita* (una comparación ya establecida a finales del siglo XIX por Charles Sainte-Beuve, retomada por varios estudiosos en la segunda mitad del XX y enriquecida por el análisis de los personajes desde la perspectiva etimológica en un estudio reciente de Sergio Casali), y de ella extrae como conclusión principal (aunque no necesariamente original de S.) la aportación del himno a la certidumbre de que Eneas habrá de fundar una nueva dinastía floreciente y, al mismo tiempo aunque en aparente contradicción, la certeza de su soledad, del vacío afectivo que forzosamente separa a madre e hijo a pesar de su mutuo cariño.

Leer la *Eneida* es una tarea afortunadamente inacabable, tal es su capacidad de evocación y sugerencias, tal la plenitud de su sonido. Libros como el de S. vienen a testimoniar ese loable empeño por desentrañar la riqueza poética aún escondida en los versos de Virgilio.

LUIS RIVERO GARCÍA
Universidad de Huelva

VIDAL, JOSÉ LUIS; GARCÍA ARMENDÁRIZ, JOSÉ IGNACIO y EGEA, ADOLFO (eds.), «*Paulo minora*». *Estudios sobre poesía latina menor y fragmentaria*, Barcelona, Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona, 2011, X + 306 pp.

Sicelides Musae, paulo maiora canamus! Lo aconsejaba Virgilio al comienzo de su *Bucólica* IV, invocando a las musas pastoriles de Teócrito. Pero el mundo de las letras latinas también está habitado por esos autores que han cifrado su interés en las cosas pequeñas, eligiendo el camino de la miniatura en detrimento de lo sublime o de lo elevado. Y también, cómo no, por esos otros autores que han llegado a nosotros de forma fragmentaria, debido a que el azar y el paso del tiempo han convertido sus obras en meros vestigios de lo que un día fueron. De unos y de otros se ocupa este volumen colectivo que, presentado por José Luis Vidal, príncipe de latinistas, ha publicado la Universidad de Barcelona.

En el origen del tomo, compuesto por once trabajos y un texto de presentación, está un coloquio que, bajo el significativo título de *Poetae Latini Minores. Colloquium Barcinonense*, tuvo lugar en la Ciudad Condal los días 3, 4 y 5 de mayo de 2007. En dicha reunión científica tomaron parte algunos de los mejores *connaisseurs* del tema objeto de la misma, procedentes de diversas universidades españolas: Alcalá de Henares (Antonio Alvar Ezquerro), Autónoma de Barcelona (Alejandro Coroleu y Joan Gómez Pallarès), Barcelona (José Ignacio García Armendáriz), Complutense de Madrid (Vicente Cristóbal), Huelva (Antonio Ramírez de Verger), Murcia (María Consuelo Álvarez Morán y Rosa María Iglesias Montiel), Salamanca (José Carlos Fernández Corte), Sevilla (Rocío Carande Herrero y Francisco Socas) y Valencia (Xaverio Ballester). Difícilmente podría ofrecerse un elenco mejor escogido a la hora de enfrentarse con la problemática suscitada por el asunto tratado en el *Colloquium*.

Los dos primeros trabajos, firmados por A. Coroleu y F. Socas, se centran en los orígenes y desarrollo de recopilaciones tan ilustres como los dos volúmenes amstelodamenses de la *Anthologia Latina* de Pieter Burman el Joven (1759 y 1773) y el tomo inaugural (1731) de *Poetae Latini Minores* a cargo de Pieter Burman el Viejo (al que seguirían los seis tomos de la colección de J. C. Wernsdorf, Altenburg 1780-1799, la *Anthologia Latina* de Riese-Bücheler, Leipzig 1869-1870, los *PLM* de E. Baehrens, Leipzig 1879-1883, y los *Minor Latin Poets* de J. W. Duff y A. M. Duff, Londres-Cambridge [Mass.] 1934). Los tres artículos que siguen se dedican a poesía fragmentaria, a partir de la colección que conocemos como *Fragmenta Poetarum Latinorum*: X. Ballester se centra en autores de los que han quedado muy pocos versos; J. C. Fernández Corte nos habla de Licinio Calvo, un poeta que trasciende con mucho el calificativo de *minor*, mientras que R. Carande aborda, en función de su *auctoritas* en el terreno de la métrica y la prosodia latinas, los problemas métricos que presentan las ediciones de poesía fragmentaria.

Ciertos poemas de las letras latinas se consideran desde antiguo de autoría dudosa y discutida. Tal es el caso de la carta de Safo a Faón, sobre cuya atribución o no a Ovidio trata A. Ramírez de Verger en su aportación a *Paulo minora*, y de las pseudovirgilianas *Elegiae in Maecenatem*, a las que se refieren, al alimón, M. C. Álvarez Morán y R. M. Iglesias Montiel. J. L. Gracia Armendáriz hace gala de sus vastos conocimientos en torno a Columela en su trabajo sobre el *carmen de cultu hortorum* o libro X del agrónomo gaditano. V. Cristóbal, por su parte, nos ofrece una auténtica monografía, con texto latino y traducción española en octosílabos, del *Peruigilium Veneris*, un canto a la primavera y al amor compuesto en fecha tardía —no anterior, en cualquier caso, al siglo IV— que no puede faltar en ninguna antología de poesía latina digna de ser tenida en cuenta.

Los *technopaegnia* constituyen un tipo de poesía tan sugestivo como interesante, y de los ejemplos latinos de ese género se ocupa A. Alvar Ezquerro, atendiendo especialmente a los famosos «prefacios» de Ausonio, un autor que ha traducido íntegramente al castellano y que conoce a la perfección. Curiosamente este libro, dedicado a la poesía latina menor y fragmentaria, se cierra con un artículo sobre el *poeta maior* por excelencia de las letras romanas: Virgilio. Lo firma J. Gómez Pallarés, quien se sitúa, justificando así plenamente su inclusión en el tomo, desde una perspectiva menor, a saber, «desde un mundo de referentes virgilianos habitualmente olvidado: el de la literatura epigráfica en verso».

Enriquece, por último, el volumen colectivo *Paulo minora* un muy completo *Index Auctorum*, subdividido en *Auctores vetustiores*, *Auctores mediae et infimae aetatis* y *Auctores recentiores*. Una obra, en resumen, bien tramada y mejor trazada, de gran rigor científico y agradable y provechosa lectura.

LUIS ALBERTO DE CUENCA
ILC, CSIC

PARATORE, ETTORE, *Seneca tragico. Senso e ricezione di un teatro*. A cura di Cesare Questa e Alessio Torino, postfazione di Maria Luisa Doglio, Urbino, Fondazione Ettore Paratore – QuattroVenti, 2011, viii + 367 pp.

Un espléndido libro, que cuidan C. Questa y A. Torino, dentro del muy prestigiado y prestigioso *Ludus Philologiae* reúne y ofrece a los estudiosos de la literatura latina, y no solo a ellos, una serie de trabajos del profesor Ettore Paratore, que siguen siendo imprescindibles; Séneca y sus tragedias constituyen el tema, y la óptica desde la que se contemplan es variada y, por ende, enriquecedora. La gran aportación que el profesor Paratore ha hecho a la literatura latina y las novedades y atinados juicios con que la enriqueció son, diríamos, *communis opinio*; el profundo conocedor del teatro latino, autor de una monografía sobre el mismo que sigue vigente, ostentó siempre una enor-

me competencia en el caso de Séneca, cuyas tragedias tradujo al italiano precedidas de un espléndido estudio, que podemos leer en este libro. Investigador de fino olfato, enorme sensibilidad, cultura amplia y mirada profunda supo, el primero o uno de los primeros en época moderna, ofrecer un importante cambio en la percepción de la obra senequiana, descubrir sus virtudes y ponderar su originalidad, cuestionando asertos rigurosos y respetados como dogma de la filología alemana. Es igualmente notable en la obra de Paratore la mirada que dirige y detiene en lo que significó Séneca en el panorama artístico y literario durante muchos siglos, comenzando por los de Oro; no solo en la literatura, también en el arte, menos que Ovidio lógicamente, se muestra su impronta, y el profesor Paratore tuvo el acierto de dedicar a este aspecto hermosos y concienzudos trabajos, que tenían la virtud de ir abriendo nuevos caminos de investigación; en este libro, se reúnen, como decía, una serie de ellos, formando casi un todo, con los que el lector y estudioso puede aquí encontrarse.

Estos trabajos fueron apareciendo entre los años 1956 a 1974, y lo hicieron, salvo en el caso del primero, que acompaña a su versión italiana de las tragedias del año 1956, en revistas (*Dioniso*, *Giornale italiano di filologia*, *Studi Dannunziani*, *Bulletin de l'Institut historique belge de Rome*, o en obras colectivas en homenaje a diversos profesores (*Studi in onore di Italo Siciliano*, *Studi en onore di Luigi Ronga*, *Studi Urbinati B*, *Studi in honore di Natalino Sapegno*).

Los títulos de las contribuciones ya dan cuenta del contenido y de esa amplia mirada de Paratore dirigida a las tragedias de Séneca y a su autor, como la mención de los mismos ilustra. Se abre el volumen con una «Premessa» de Cesare Questa e Alessio Torino (pp. vii-viii), llena de cariño hacia la memoria viva del maestro, cuyas clases, repletas de evocaciones operísticas, se glosan, a la vez que dan razón de lo que han seleccionado, y lo que ha debido quedarse, por razones de espacio, fuera. Le suceden los trabajos que mencionamos en el orden en que están en el libro, omitiendo la procedencia de cada uno de ellos, puesto que el lector los va a encontrar a pie de página: «El teatro de Seneca» (pp. 1-24), «Seneca autore di teatro» (pp. 25-40); «La poesia nell' *Oedipus* di Seneca» (pp. 41-86); «Osservazioni sulle fonti dell' *Andromaque* di Racine» (pp. 87-142); «L' *Andromaque* del Racine e la Didone abbandonata del Metastasio» (pp. 143-179); Seneca tragico e la poesia tragica francese del siècle d'or» (pp. 181- 209); «L' *Agamenon* di Seneca e l' *Agamennone* dell' Alfieri» (pp. 211-251); «La morte di Fedra in Seneca e nel d'Annunzio» (pp. 253-272). Como «Appendice» aparece «Ovidio e Seneca nella cultura e nell' arte di Rubens» (pp. 275-307), y todos estos trabajos se clausuran con la «Postfazione» de Maria Luisa Doglio (pp. 339-345). Una «Bibliografia» (pp. 347-355), en las que el lector vuelve a encontrarse con nuevas títulos de contribuciones de Paratore a la literatura latina y a Séneca en particular, un útil y cuidado «Indice dei passi citati» (pp. 357-367), realizado por Alessio Torino, uno de los editores, y, finalmente, el «Indice general» (p. 369).

Es cierto, como se indica a pie de página, y adelantan C. Questa y A. Torino en la «Premessa», que algunos de ellos —no todos— ya fueron incluidos en 1975 en *Dal Petrarca all'Alfieri*; sin embargo, como explican muy bien los editores, todavía carecen del eco que les corresponde, amén de que aparecieron sin algo muy necesario, el índice de lugares citados, cosa que en este libro encontramos y agradecemos.

El libro que reseñamos es una obra que ostenta múltiples virtudes, la primera, lógicamente, y la más importante es ofrecer las páginas de una personalidad extraordinaria, una figura excepcional, la mejor o una de las mejores del siglo XX, en el campo de la literatura latina, y sin duda ninguna en el caso de Séneca y sus tragedias. Lo dice espléndidamente la profesora Maria Luisa Doglio en su magnífica «Postfazione»; en ella, en apenas siete densas y bellas páginas presenta un elocuente retrato de Ettore Paratore y su obra a grandes, pero, a la vez, precisas pinceladas, que ponen de relieve la importancia de sus estudios de literatura latina sobre Tácito, Apuleyo, Suetonio, Lucrecio, Virgilio, Ovidio, la novedad de sus interpretaciones, ligadas siempre a una seria revisión de las ofrecidas por filólogos anteriores; su profunda y personal visión de los textos, una visión de conjunto, puesto que lo hacía desde la amplitud de sus conocimientos; por eso puede verlos inmersos en una sociedad, de la que son testigos. Sus libros y artículos, insiste, traspasaron las fronteras de la docencia; la profesora Doglio recuerda que sus clases forman parte de la leyenda universitaria, o que obras maestras del teatro y cine italiano existieron como tales gracias al trabajo de Paratore, cuyo nombre vemos ligado a Fellini o Vittorio. En fin, insiste en las virtudes inmensas de sus trabajos sobre Séneca y valora, como se merece, las aportaciones, de mano de Séneca, a la literatura moderna, italiana y francesa, o la influencia en arte del poeta tragico.

Por nuestra parte, en esta reseña, nos limitamos a repetir resumido lo que la profesora Doglio dice y a recomendar la lectura de este libro. Es un libro que debe leerse, y que se leerá, sin duda ninguna, con enorme placer y aprovechamiento; un aliciente añadido ofrecen las láminas que ilustran el apéndice, en las que nos encontramos, entre otros, tesoros de nuestro Museo del Prado.

FRANCISCA MOYA DEL BAÑO
Universidad de Murcia

IV. *Historia, religión y sociedad*

BERNABÉ, ALBERTO; KAHLE, MADAYO Y SANTAMARÍA, MARCO ANTONIO (eds.), *Reencarnación. La transmigración de las almas entre Oriente y Occidente*. Madrid, Abada, 2011.

En la línea de otras obras colectivas de gran envergadura a las que nos tiene acostumbrados, como el imponente *Orfeo y la tradición órfica* publicado por la edito-

rial Akal en dos volúmenes y 1800 páginas, en esta ocasión Alberto Bernabé encara como editor, en asociación con Madayo Kahle y Marco Antonio Santamaría, otro fascinante tema, clásico en la disciplina del estudio de las religiones, como es el de la reencarnación. Concurren en el libro más de veinte autores, todos ellos pertenecientes a universidades españolas, con una destacada presencia de miembros de la Universidad Complutense de Madrid y de su muy activo Instituto Universitario de Ciencias de las Religiones. Solo destaca la excepción de Agustín Pániker, que no es la intrusión de un pensador o escritor diletante, muy al contrario. Es bien cierto que firma su contribución bajo la denominación de «autor independiente», que es una clasificación que por otra parte crece fuera de nuestras fronteras con los cambios en los modelos de producción de la investigación del nuevo siglo y que es común en otras dedicaciones profesionales, como el periodismo. Pero Pániker es bien conocido por su trayectoria como editor e investigador en temas de religiones de Asia, al que se debe la monografía de referencia en español sobre el jainismo, justamente el tema sobre el que versa su contribución en el volumen que comentamos.

Se trata de una edición de casi 700 páginas, muy cuidada y de presentación y diseño impecables, en la línea a la que nos tienen acostumbrados Abada editores de Madrid, uno de los nuevos referentes en la calidad editorial en lengua española. El agrado del continente se combina con un contenido fascinante, que intenta compartir con los lectores, en un equilibrio bastante conseguido, las dos vertientes a la hora de enfrentar el viejo dilema sobre si la transmigración de las almas nos resulta ajena o propia. Dos vertientes que son dos enredosas palabras: Occidente (tras el que nos esconderíamos nosotros, la mayoría de los lectores presuntos del trabajo) y Oriente. Marcarían partes del mundo desde nuestra mirada algo «clásica», que serían también modos de ser y hasta condiciones, la del oriental frente al occidental, la de quien acepta la transmigración como elemento que explica quién se es en el tiempo extendido a más de una vida, frente a quienes piensan el tiempo de una sola vez, sin retorno. Son estereotipos que el libro ayuda a matizar, ni Oriente resulta ese mundo incambiado que siempre vivió preso de la multiplicidad de vidas, ni fuera de Oriente deja de haber y haber habido quienes pensaban en más de una vida. A la transmigración en Asia (o sus «antecedentes», es decir su carencia en las primeras épocas de las que tenemos testimonios, como analiza Julia Mendoza) se dedican seis capítulos, los cinco primeros, centrados en el mundo de la India o de las religiones allí nacidas, estudiando la transmigración entre hindúes, jainas y budistas y el último revisando el mundo siberiano. Son todos ellos obra de especialistas bien conocidos de los lectores en lengua española de temas que se encuadran en el estudio de las religiones (en plural), a Mendoza o Kahle, coeditor del volumen, se une José Andrés Alonso, prolífico investigador de las religiones siberianas. A Pániker se añade Juan Arnau, ambos autores (y algo más en el primer caso) en la editorial Kairós, que en nuestro

país es la que ha publicado el mayor elenco de obras dedicadas al pensamiento y las religiones de Asia.

Con un espacio en el libro casi equivalente al dedicado a Asia encontramos el conjunto de trabajos, siete, dedicados a Grecia, el otro de los puntos fuertes del volumen, revisando desde los órficos a los neoplatónicos, pasando por Pitágoras, Empédocles, Platón o Plutarco. Son obra de Bernabé y de Santamaría, dos de los coeditores a los que se unen otros bien conocidos filólogos del mundo griego antiguo, Francesc Casadesús, Antoni Bordoy, Rosa Aguilar o Carlos Megino.

A estos dos bloques que encuadrarían en el debate del modo más cumplido los parámetros de Oriente y Occidente que ampara el título del libro se une un tercero, misceláneo, obra de no menos conocidos investigadores, en el que se revisan desde tracios (a los que se dedican Raquel Martín y Juan Antonio Álvarez Pedrosa), celtas (estudiados por Henar Velasco) y romanos (con autoría de Mercedes López Salvá y Miguel Herrero) a maniqueos (analizados por Fernando Bermejo), judíos (repassados por Amparo Alba) o musulmanes (que investiga Montserrat Abumalham), todos ellos unidos en torno a la idea que las almas retornan, aunque en muchos casos fuese doctrina de pocos y extraños.

El colofón del trabajo firmado por Alberto Bernabé y Julia Mendoza intenta ordenar en forma sumaria el material y detectar «analogías y diferencias». Y se añade como elemento compartido más de un centenar de páginas que forman un anexo de un enorme interés pues nos ofrece en extenso elenco de textos sobre la transmigración, provenientes de todos los ámbitos estudiados.

En resumen, se trata de un libro único en el actual panorama bibliográfico español, un libro que se dedica a un tema muy maltratado por diletantes de diferentes linajes, pero que en esta ocasión se encara con las únicas armas con las que se construye verdadero conocimiento: la seriedad de la excelencia investigadora. Quizá se podría echar en falta algún trabajo que encarase el presente de la idea de la transmigración. La modernidad y sus más actuales postmodernidades y transmodernidades redefinen Oriente y Occidente, desde esa globalización de formas de pensar y modos de creer que nos rodea y que podríamos decir que tuvo en la Sociedad Teosófica, más de un siglo atrás, una avanzadilla cargada de transmigración popularizada y desdramatizada, que no ha hecho más que ampliarse posteriormente. Hoy en día, en la sociedad híbrida en la que nos movemos, muchas vidas son un horizonte en el que se puede llegar a pensar incluso hasta por parte de quienes no creen mucho. Se apuesta por la lógica del volver vida tras vida para aprender lo que no se consiguió en el corto espacio de una sola existencia, como si estuviésemos atados a una escolarización sin fin. La transmigración resulta un ingrediente de la cultura-mundo que comparten quizá en la actualidad más seres humanos que nunca antes, pero las bases doctrinales quizá sean menos firmes que en el pasado, de ahí que el libro que reseñamos, desde esta perspectiva, cobre un nuevo interés, el de ofrecer un territorio fiable desde el

que pensar estos asuntos gracias al conocimiento desmenuzado por sus autores, pero también por medio de esos textos que se nos ofrecen traducidos y al alcance y que entablan con el lector un diálogo milenario y fascinante.

FRANCISCO DÍEZ DE VELASCO
Universidad de La Laguna

BERNABÉ, A., *Platón y el orfismo. Diálogos entre religión y filosofía*. Madrid, Abada editores, 2011, 397 pp.

Hemos de congratularnos de que haya salido a la luz este libro de A. Bernabé, el mayor especialista actual sobre el orfismo. Se trata de un estudio de conjunto, en el que, según las propias palabras del autor, «se unifican, amplían, corrigen y actualizan» los puntos de vista presentados en una serie de trabajos anteriores, tanto del propio Bernabé como de otros autores, sobre la relación de Platón con el orfismo.

El libro se divide en una introducción, 14 capítulos distribuidos en cuatro partes, un apéndice de los textos citados y sus traducciones, una bibliografía, y finalmente un índice de lugares citados y un índice temático, elaborados estos dos últimos por Silvia Porres.

Bernabé señala en la introducción el objeto de su obra: estudiar de qué modo Platón remeda la religión y la literatura órficas, es decir, de qué manera alude a ella desde su concreto punto de vista con la intención de adaptarla a su propia doctrina. E indica también los motivos que hacen necesario ese estudio: el carácter imprescindible de la obra platónica para reconstruir el orfismo de época clásica, y la escasez de trabajos específicos y actuales sobre el tema, que, además, son muy divergentes entre sí, en paralelo con las distintas visiones que sobre el orfismo mismo se han tenido a lo largo del siglo XX. Bernabé precisa además las dificultades que implica el examen de las huellas de lo órfico en Platón, primero por el propio Platón, ya que se trata de un autor impreciso, irónico y poco respetuoso con la fidelidad a los testimonios órficos, y segundo por el carácter heterogéneo del movimiento órfico, cuya índole, alcance e influencia ha sido objeto de tanto debate hasta hoy. Por ese motivo, el autor trata de precisar en las páginas finales de la introducción la naturaleza de este movimiento, poniendo al lector en antecedentes de qué es lo que se va a analizar en la obra platónica.

La primera parte de la obra está dedicada a analizar los testimonios platónicos sobre Orfeo y sus seguidores.

En el primer capítulo Bernabé recoge y comenta los testimonios platónicos referentes a Orfeo, poniéndolos en ocasiones en relación con otros de autores diversos a fin de contextualizarlos, complementarlos o, simplemente, ayudar a comprenderlos. Refiere aquellos que tratan del linaje de Orfeo, de su condición de poeta y citado

maravilloso, de profeta y fundador de ritos místéricos, de la leyenda de su descenso a los infiernos en busca de Eurídice, de su muerte a manos de mujeres y, finalmente, de las obras atribuidas a Orfeo, fijándose sobre todo en la manera que tiene Platón de citar esas obras, ya que esa manera revela la valoración que este hace de la literatura órfica de su tiempo. La conclusión a la que Bernabé llega respecto a estos pasajes platónicos es que Platón considera a Orfeo como un personaje mítico, conforme a los rasgos típicos que le confiere la leyenda común, pero deformando esos rasgos para que trasluzca una visión negativa del personaje, al que asimila a los sofistas, por ser la fascinación que ejerce en sus oyentes tan falsa y embaucadora como la de estos. La valoración platónica de la literatura atribuida a Orfeo, al menos desde el *Protágoras*, tampoco es mejor. Bernabé observa que la tendencia de Platón es citar a Orfeo por su nombre en pasajes en los que la cita tiene poco que ver con el contexto en el que se encuentra, mientras que cuando la cita a los textos órficos es más importante, pues se refiere a doctrinas que Platón comparte, como las que tratan del alma, la referencia no es a Orfeo, sino a antiguos relatos o a un relato sagrado, lo que muestra que para Platón lo que confiere dignidad y autoridad a un texto es su antigüedad o carácter sagrado, no su atribución a Orfeo. Bernabé señala también otro aspecto importante: para Platón los textos órficos tienen interés en cuanto contienen una filosofía que es preciso discernir e interpretar mediante un método exegético que tiene sus antecedentes en los círculos pitagóricos y sus continuadores en el comentarista del *Papiro de Derveni* y en los estoicos.

En el segundo capítulo, Bernabé se ocupa de los distintos colectivos que de algún modo pueden llamarse seguidores de Orfeo y a los que Platón alude en sus obras. Entre ellos distingue, primero, a los poetas que escribían o recitaban poemas que atribuían al mítico bardo; segundo, a los que practicaban un modo de vida acorde a las doctrinas emanadas de esos poemas; tercero, a los que celebraban determinados ritos, conjuros, ensalmos y adivinaciones bajo la advocación de Orfeo, y a los que Platón menciona con una mezcla de burla y desdén; y, cuarto, a los intérpretes de los textos atribuidos a Orfeo mediante diversos recursos literarios, como la alegoría y la etimología, a los que Platón trata con más consideración, pues su talante es más afín con estos hombres ilustrados que pretenden prestigiar el contenido demasiado crudo e inmoral de la poesía órfica dotándolo de un sentido alegórico más profundo mediante métodos de interpretación simbólica. Como hace en el capítulo anterior, Bernabé no se limita a exponer los textos platónicos pertinentes a estos colectivos, sino que los contextualiza trayendo a colación los testimonios que precisan, aclaran o ilustran lo manifestado por el propio Platón.

En la segunda parte, pasa a exponer las doctrinas órficas que pueden rastrearse en los diálogos platónicos. Después de un breve capítulo (el 3) sobre cuestiones de método, Bernabé trata en el 4 los mitos cosmogónicos y teogónicos órficos rastreables en Platón. Constata en estas alusiones a una teogonía órfica que identifica con la

llamada *Teogonía de Eudemo*, y que reconstruye valiéndose de testimonios de Aristóteles e Isócrates, en la línea de autores modernos anteriores, así como referencias a una geografía infernal y otros vestigios a poemas órficos más dudosos.

Tras el capítulo 5, donde da cuenta de algún símil platónico sobre el modelo del mundo que podría haberse inspirado en algún poema órfico, Bernabé se ocupa en el capítulo 6 de los antecedentes órficos de las ideas de la inmortalidad y de la transmigración del alma, tan centrales en la antropología platónica. Bernabé sostiene que Platón toma tanto una idea como otra del orfismo, aunque no algunas nociones que acompañan a estas ideas, como sus implicaciones morales o la jerarquización de las reencarnaciones, las cuales son introducidas por el propio Platón porque cuadran mejor con su doctrina propia.

En el capítulo 7, analiza de forma detallada y prolija el controvertido pasaje del *Crátilo* en el que Sócrates menciona la etimología de *σῶμα* como *σημα*, en el doble sentido de «sepultura» y «signo», en la idea de que el cuerpo es una sepultura del alma y también el signo a través del cual se manifiesta. Bernabé, en polémica con cierta tradición interpretativa, demuestra que se trata de una etimología órfica, que se contrapone con la etimología que hace derivar *σῶμα* de *σώζω*, la cual se debería al propio Sócrates, si bien apoyada en la doctrina órfica del cuerpo como sepultura, aunque transformada en la menos pesimista de cuerpo como prisión que custodia segura el alma.

El capítulo 8 se ocupa de la huella en Platón del mito órfico de Dioniso y los Titanes, que Bernabé encuentra en la alusión en las *Leyes* a la condición perversa de algunos hombres en su tendencia a ser malvados con la sociedad y con los dioses, mediante las expresiones «naturaleza titánica» (701b) y «acicate connatural a los hombres por antiguas injusticias impuras» (854b), que se referirían a la naturaleza pervertida del ser humano por ser heredero de los malvados Titanes y, por lo tanto, tener que cargar con la culpa de la muerte de Dioniso a manos de estos. Para Bernabé, Platón no compartiría la explicación órfica del origen del mal que expresa este mito, sino que lo utiliza para ilustrar la tendencia humana al mal, que para Platón es debida al desorden de la parte irracional del alma.

El capítulo siguiente está dedicado a explicar en qué consiste la tan mentada como poco aclarada influencia órfica en las escatologías del *Gorgias*, del *Fedón*, de la *República* y del pseudo-platónico *Axioco*, pasajes que en su concepción, intención, construcción y escenografía son platónicos, pero que revelan aspectos tomados de otras descripciones del Hades, entre las cuales la órfica no es la menos importante. Los temas órficos que Bernabé reconoce en la imaginería escatológica de Platón son, p. ej., la idea del Hades como lugar de castigo de las almas injustas y de recompensa de las almas justas, que implica una concepción común de la inmortalidad del alma, la idea de que las almas son juzgadas en el Hades, la doctrina de que las almas no purificadas vuelven del Hades reencarnadas en otros cuerpos,

y algunas referencias en la descripción del mundo de ultratumba, como los cuatro ríos infernales, la bifurcación de caminos, la pradera donde van las almas puras o la fuente del olvido. Con todo, Bernabé señala también diferencias apreciables, y no solo de detalle, sino también de concepción, motivación y finalidad, ya que Platón descarta aspectos tan destacables de la doctrina órfica como el papel del rito en la salvación, adapta otros como la imagen preeminente del iniciado, que deja su lugar al filósofo, y se refiere al destino del alma no solo para revelar los procedimientos para lograr la salvación, sino en función del propósito con el que el mito escatológico es contado en cada caso.

El capítulo 10 revela el origen órfico de la personificación de la Justicia como seguidora de Zeus y vengadora de las infracciones de la ley divina que aparece en *Leyes* 715e, así como de la vinculación de la justicia o injusticia de los actos humanos con los premios y castigos en el Más Allá, en *Resp.* 363d, es decir, de la asociación de la conducta moral con la idea de retribución.

En el breve capítulo siguiente analiza también el origen órfico de una imagen de Zeus como centro y fin de todos los seres citada en *Leyes*, 715e, que sería la transposición platónica de la idea órfica de un Zeus omnipotente, rey del universo y garante de la justicia divina que aparecía en un *Himno a Zeus* citado por el *Papiro de Derveni*, por el *De mundo* pseudo-aristotélico y por las *Rapsodias* órficas.

El capítulo 12 se dedica a examinar las referencias platónicas a los ritos y a la literatura ritual de los órficos y el modo como el filósofo los adopta de una manera metafórica como modelos de iniciación a la filosofía.

Una vez vistos los temas órficos mencionados y adaptados por Platón, Bernabé dedica las dos últimas partes del libro, compuestas por un solo capítulo cada una, a hacer una recapitulación de lo tratado. Primero, en la tercera parte, trata de los métodos que Platón utiliza para «transponer» (en expresión de A. Diès adoptada por Bernabé) los elementos que toma de los órficos, es decir, para adaptarlos mediante sutiles modificaciones que les otorgan un nuevo significado compatible con su propia doctrina. Entre estos métodos, Bernabé distingue el modo de presentar la cita, la omisión de algo que no favorece la propia interpretación, la adición de algo que sirve para racionalizar o moralizar el contenido de la fuente, la modificación de algún término que trastoca el sentido originario, la contextualización de la referencia citada en un ámbito nuevo, pero dando la impresión de que formaba parte del antiguo, la atribución a ciertos textos de la condición de enigmáticos, en la idea de que poseen un significado velado y oculto que hay que interpretar, el uso de la etimología y, por último, la elaboración de mitos que contienen elementos órficos, pero manipulados para hacerlos asumibles a la mentalidad filosófica platónica.

Finalmente, en la cuarta parte, Bernabé realiza una síntesis recopilatoria de los temas tratados en el libro, presentando los distintos aspectos de Orfeo y del orfismo de los que Platón se hace eco junto con la actitud del filósofo hacia ellos, contextua-

lizándolos con una breve exposición de la recepción del orfismo en autores anteriores y posteriores a Platón.

Haciendo balance, creo que se trata más de un libro sobre orfismo que un libro sobre Platón. Se trata siempre de explicar, analizar y precisar la problemática que plantean los textos platónicos referentes a Orfeo, a sus seguidores o a la literatura, ritos y doctrinas órficos, no considerando a Platón en sí mismo, sino más bien como un eslabón (aunque fundamental) en la historia de la recepción del orfismo. No es un libro pensado para aclarar el pensamiento platónico como tal, sino más bien para analizar la aportación de Platón al conocimiento del orfismo de época clásica, contribuyendo de un modo importante a iluminar las fuentes ideológicas y el modo de recepción de estas del filósofo ateniense.

El libro es valioso y útil porque no solo recapitula y actualiza la información precedente sobre la presencia del orfismo en la obra platónica, sino que también facilita los instrumentos necesarios para valorar de un modo crítico esa presencia.

CARLOS MEGINO RODRÍGUEZ
Universidad Autónoma de Madrid

LÓPEZ GREGORIS, ROSARIO – UNCETA GÓMEZ, LUIS (eds.), *Ideas de mujer. Facetas de lo femenino en la Antigüedad*. Alicante, Centro de Estudios sobre la Mujer, Universidad de Alicante, 2011, 368 pp.

Estamos, como nos desvelan los editores en el prólogo, ante «una obra colectiva que repasa temporal y temáticamente la vida silenciosa y silenciada de las pandoras de la cultura griega y romana» (p. 15). Fundamentalmente los trabajos aquí recogidos facilitan un muestrario de análisis de comportamientos, situaciones o estrategias que la mujer experimenta y padece o con los que consigue, de alguna forma, evadirse del sometimiento del hombre.

El libro se abre con dos trabajos que están un poco al margen de este propósito general, el primero de ellos, realizado por Elisa Garrido, ofrece una panorámica sobre el avance en España de los estudios de género referidos a la Antigüedad. En el segundo, Lourdes Prados se aproxima a estos estudios a través de la Arqueología.

La mitología es el tema principal de dos trabajos, en uno de ellos, «Mujeres monstruo y monstruos de mujer en la mitología griega», M.^a Eugenia Rodríguez Blanco realiza un recorrido por ciertas voces femeninas de la mitología griega para poner de manifiesto planteamientos y debates que los hombres griegos se hicieron respecto a los papeles asignados a los dos sexos. En el segundo Helena González Vaquerizo estudia algunos rasgos de la duplicidad femenina en el imaginario griego a través de la ambigüedad del personaje paradigmático de Helena, que representa el

fantasma de la duplicidad femenina en el mundo griego y sus atributos responden a la idea de mujer en la Antigüedad, surgida de la mente del varón.

El análisis de diferentes representaciones literarias de mujeres permite, por ejemplo, el acercamiento a vivencias de mujeres literarias abandonadas, las «nuevas Ariadnas», que lleva a cabo Pilar Hualde a través de cuatro obras griegas y una latina, escritas por hombres, en las que examina las coincidencias en el papel de mujeres como Medea, Simeta o Dido en el inicio de la relación amorosa, en la expresión de las pasiones y sentimientos, en las quejas como abandonadas y en la visión que de la figura masculina se hace a través de la mujer. Las *dominae* de los poetas elegiacos permiten vislumbrar a Mímy Flores Santamaría, teniendo siempre presentes las convenciones del género, que el amor, identificado con el placer, permanece al margen de matrimonio. Este es precisamente el tema que trata de dilucidar Leonor Pérez Gómez a través de la comedia y de la tragedia, para concluir que el matrimonio implicaba unos deberes de los que estaba ausente el amor romántico. Los matrimonios se negociaban y pactaban en función de intereses de grupo o incluso políticos, no son el ámbito de la pasión amorosa. La mujer está destinada al matrimonio, es un cuerpo diseñado para la maternidad, así lo pone bien de manifiesto el trabajo de Javier del Hoyo, en el que pasa revista a textos que hablan de la edad apropiada para el matrimonio, de remedios contra la esterilidad, de auxilios para el parto, como las parteras o la silla obstétrica, y del propio parto, pero también de anticonceptivos y métodos abortivos o de la lactancia. La pasión amorosa simétrica, mutua, recíproca y duradera entre dos jóvenes es un artificio puramente literario que conciben la novela pastoril y las novelas griegas de amor y aventuras de la Antigüedad clásica, a las que dedica su trabajo Emilio Crespo. Siempre tienen final feliz y un protagonista masculino pasivo frente a una heroína femenina más eficaz, práctica y pragmática, a la que los obligados viajes igualan con el protagonista masculino. Más real es el intento de «mandar» protagonizado por las mujeres de la familia Julio-Claudia que analiza M.^a Esperanza Torrego a través del estudio de la situación jurídica de las mujeres en el principado, de las líneas de actuación y de los factores que influyeron en su comportamiento. No hay que olvidar que el papel en la historia de estas tres mujeres, íntimamente relacionado con la sucesión del emperador, parte de su condición de madres y esposas de emperador. Francisco García Jurado muestra, mediante un recorrido a través de fragmentos de diferentes comedias romanas, cómo las ideas misóginas contra el arreglo femenino, gusto que compartían en Roma matronas y meretrices, se articulan en torno a un discurso perfectamente organizado. Por otro lado, Luis Unceta intenta desentrañar la figura de la bruja antigua a través de las recreaciones literarias de prácticas mágicas y observa que la notoria presencia de personajes femeninos se puede deber a un tópico literario con intención de desprestigio de estas mujeres «sabias». El desdoro progresivo que sufre la figura de la maga desde la Antigüedad puede ser un reflejo del miedo del varón a la dominación femenina.

Respecto a los artífices de esta literatura, el libro incluye un trabajo de Marcos Such-Gutiérrez dedicado a la biografía de los tres primeros escritores de Occidente, curiosamente tres mujeres de Súmer del 2300 a. C. Por otra parte, Marta González recuerda que la mujer ateniense no tuvo arte ni parte en la gran literatura, porque las escritoras griegas que conocemos no provienen de Atenas ni de su edad dorada: Safo, Erina y, sobre todo, mujeres escritoras de época helenística como Ánite de Tegea o Nósíde de Locris, cuyas aportaciones son retomadas por poetisas modernas.

El volumen se cierra con un apartado que recoge todas las referencias bibliográficas de cada uno de los trabajos.

En resumen, este libro, cuya lectura resulta amena y agradable, constituye un fidedigno testimonio sobre diversos aspectos de la vida y situación de las mujeres en el mundo clásico. Además, el enfoque que se le ha querido dar permite contemplar el universo femenino del momento incluso a través de actividades menos conocidas, con lo que eso supone de novedad y aportación para este tipo de estudios. No es menos importante el cuidado trabajo realizado por los editores. Por todo ello felicitamos a todos los participantes en esta obra de conjunto a la que en adelante deberán acudir los que se acerquen al tema.

MATILDE CONDE SALAZAR
ILC, CSIC

BARRANDON, NATHALIE, *De la pacification à l'intégration des Hispaniques (133-27 a. C.), les mutations des sociétés indigènes d'Hispanie centrale et septentrionale sous la domination romaine*. Scripta Antiqua 35, Ausonius Éditions, Bordeaux 2011, 468 pp.+ ilustraciones y mapas.

La importancia del siglo que va desde la caída de Numancia en el 133 a. C. hasta el inicio del Principado en el 27 a. C. para la evolución histórica de la Hispania romana ha sido subrayada por muy distintos autores. Durante dicho periodo se producen las transformaciones económicas, sociales y culturales que sientan las bases de la profunda romanización que es perceptible, sin lugar a dudas, a partir de Augusto. El libro de Nathalie Barrandon que ahora reseñamos constituye una síntesis clara y exhaustiva de los principales problemas y fenómenos implicados en dicho periodo histórico.

Lo primero que hay que decir es que el título de la obra y su contenido no se corresponden exactamente. En realidad, lo que su autora acomete es un estudio de la romanización de los territorios nororientales de la península Ibérica durante el periodo señalado. Es decir, básicamente de los territorios actuales de Cataluña, Aragón, La Rioja y Navarra, a los que hay que sumar la inclusión del valle alto del Duero, el territorio antiguo de pelendones y arévacos. Aun considerando adecuada la inclusión de esta última zona —el alto Duero— ello no justifica sin embargo las

reiteradísimas referencias a la «Hispanie centrale et septentrionale» que se prodigan a lo largo de la obra como marco de referencia de su estudio que, de manera evidente, no se corresponde con dicha realidad geográfica. No solamente los territorios de Cataluña y el valle del Ebro no pueden considerarse ni desde el punto de vista de la geografía física ni humana como parte de la Hispania central, sino que la expresión Hispania septentrional soslaya los territorios de galaicos, cántabros y astures que, precisamente, van a ser conquistados después del periodo cronológico al que el estudio se refiere. Por otra parte, la inclusión de los celtíberos no deja de ser discutible. Si es cierto que los celtíberos han compartido con los pueblos ibéricos el uso de la escritura, principalmente aplicada a los letreros numismáticos y los documentos de hospitalidad, y en este sentido puede haber una justificación para incluirlos en el estudio; no es menos cierto que tanto por la lengua, como por la sociedad, sistema económico, religión e instituciones los pueblos celtibéricos son muy diferentes de los pueblos ibéricos. Mientras que los celtíberos acaban de ser conquistados en 133 a. C., cuando la autora inicia su estudio, los pueblos de Aragón y Cataluña pueden considerarse definitivamente sometidos desde la época de Sempronio Graco (180-178 a. C.), es decir, medio siglo antes. Ese medio siglo no puede ignorarse, no sólo por lo que implica de influencia efectiva de Roma sobre la sociedad indígena, sino también porque la coyuntura política romana no es la misma en un momento que en otro, como hemos puesto de relieve en diferentes trabajos. Ese desajuste hace que la autora tenga que señalar repetidamente que un mismo fenómeno (adopción de la escritura, difusión de la tecnología itálica aplicada a las más variadas actividades: economía, vivienda, decoración, etc.) se presenta de una manera en el área principal de su estudio, Cataluña y el valle del Ebro, y de manera muy diferente en la zona del Duero. Aunque las realidades étnicas y políticas no están limitadas por los accidentes geográficos, los arévacos, cuyas principales ciudades eran Numancia y Tiermes, solamente se comprenden adecuadamente desde la perspectiva del valle del Duero donde compartían espacio geográfico con otros pueblos de raíz indoeuropea que quedan fuera del ámbito de estudio de la obra de N. Barrandon.

Consciente seguramente de estas dificultades, la autora dedica la *Introduction* a justificar el marco geográfico de su estudio en función de la orientación metodológica del mismo. En este sentido, dedica una discusión amplia e interesante al concepto de romanización, ya acuñado por el uso, cuyo sentido es mucho más amplio que el de un simple proceso de aculturación en los términos en que lo concibe la antropología cultural. La adquisición del estatuto de ciudadanía como elemento fundamental de dicho proceso lo diferencia de otros fenómenos históricos semejantes. Ahora bien, la adquisición de la ciudadanía tenía como requisito previo el desarrollo de una *humanitas* que afectaba no sólo al estatuto jurídico de las personas y las ciudades, sino a numerosos ámbitos de la cultura material e intelectual, entre los cuales el más destacado sin duda era la adquisición de la lengua latina. La complejidad de este

fenómeno se acentúa aún más por el hecho de que numerosos aspectos materiales sean más bien itálicos que romanos aunque, y esto es lo que nos parece decisivo, esos aspectos itálicos están funcionando ya dentro de la estructura política de Roma como estado. De esta manera, el análisis que emprende Barrandon tiene en cuenta, al lado de los aspectos institucionales y jurídico-políticos, ya habituales en este tipo de estudios, otros más novedosos, como la transformación de la trama urbana de las ciudades, la introducción de las técnicas constructivas romanas, es decir, mediterráneas; la difusión de los cultivos romanos, de la moneda, de la práctica epigráfica tal como se daba en Roma, del latín, de las prácticas culinarias romanas, etc.

El capítulo I intenta determinar aquellos elementos propios de la sociedad indígena que serían transformados como consecuencia de la conquista romana. La conclusión a que llega es que tanto en lo que se refiere a la trama urbana y a la técnica constructiva de las ciudades indígenas, como a la iconografía monetaria, las representaciones sobre cerámica o las tradiciones religiosas y funerarias, lo que puede observarse, incluso antes de la conquista romana, es una mezcla de elementos indígenas con elementos helenísticos, llegados desde el mundo mediterráneo.

El capítulo II incide sobre todo en el hecho de que no existió un programa de intervención y pacificación por parte de Roma que esperase obtener unos resultados determinados, más allá de la sumisión de los provinciales. Dicha pacificación provocaría algunos decenios después (hacia el año 100 a. C.) el desarrollo económico de la parte oriental de la provincia, que redundaría en la realización de obras de prestigio permitidas por Roma.

El capítulo III se plantea la pregunta de qué elementos podemos considerar como constitutivos de la civilización romana que sean distinguibles del helenismo. De esos elementos, destacan la *civitas*, la lengua latina, el derecho, las costumbres culinarias, la arquitectura y sus elementos constitutivos: columna, *opus caementicium*, etc. Durante el proceso de transmisión, llevada a cabo principalmente por soldados, artesanos y comerciantes itálicos, gran parte de este bagaje cultural se perdía, sin embargo, en el camino de Italia a Hispania.

El capítulo IV estudia la transformación de los antiguos centros urbanos o la creación de otros nuevos y, en relación con ello, la aparición del urbanismo de tipo mediterráneo, de nuevas tipologías de edificios públicos, como el templo, y el uso de nuevos materiales constructivos. En este aspecto, creemos que la valoración que hace la autora de edificios como, por ejemplo, el templo de Azaila, es demasiado rigurosa ya que, si bien es cierto que carece de *podium* y que por tanto no se ajusta exactamente a los modelos romanos, su erección rompe con los modelos tradicionales de templos en el mundo ibérico, indiscernibles de la manzana de casas, e implica una indudable influencia exótica (mediterránea) sobre la población local.

El capítulo V estudia con el recurso, principalmente, de la epigrafía, la difusión de la lengua latina entre las comunidades indígenas. Desde el punto de vista del so-

porte la romanización se observa en la difusión del bronce como soporte epigráfico fundamental, en detrimento del plomo, vinculado a la práctica epigráfica griega.

Los tres últimos capítulos se centran en el periodo de las guerras civiles: la guerra de Sertorio (82-72 a. C.) y la guerra entre César y Pompeyo y el periodo triunviral. Para la autora, la implicación de las ciudades en la guerra sertoriana se dio no en función de una identificación con los programas o los líderes de uno u otro bando, sino de los éxitos militares, lo que las llevaba a cambiar de partido dando muestras de escasa fidelidad. Descontado el hecho de que en cualquier guerra todos los implicados intentan sobrevivir situándose de parte de quien parece vencedor, creemos que no valora suficientemente el hecho de que hubo un buen número de ciudades, principalmente en Celtiberia, que siguieron resistiéndose a Pompeyo incluso después de la muerte de Sertorio. Esta actitud evidencia unas solidaridades que quizás un análisis más detenido de los hispanienses del bando sertoriano y sus conexiones con los sectores populares de Italia, que habían inmigrado previamente a Hispania, habría ayudado a comprender mejor.

En conjunto, el libro de Nathalie Barrandon resulta una lectura estimulante, que amplía los horizontes desde los que se suele estudiar el fenómeno de la romanización y que, aun si los datos disponibles son todavía escasos como para elaborar conclusiones de conjunto, permite establecer hipótesis de trabajo nuevas y muy interesantes.

MANUEL SALINAS DE FRÍAS
Universidad de Salamanca